



DÍA 2

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Carne Muerta

Día 2

Copyright © 2021 Nick Clausen

Edición en español 2024

Traducido por Beatriz Palomares.

El autor hace valer sus derechos morales sobre esta obra.

Por favor, respete el arduo trabajo del autor.

Contents

LIBRO GRATIS

DÍA 2

1. UNO

2. DOS

3. TRES

4. CUATRO

5. CINCO

6. SEIS

7. SIETE

8. OCHO

9. NUEVE

10. DIEZ

11. ONCE

12. DOCE

13. TRECE

14. CATORCE

15. QUINCE

16. DIESCISÉIS

17. DIESCISIETE

18. DIESCIOCHO

19. DIESCINUEVE

20. VEINTE

21. VEINTIUNO

22. VEINTIDÓS

23. VEINTITRÉS

LIBRO GRATIS



Descubra cómo empezó todo
Lee *Día 0* gratis ahora.
Disponible solo en nick-clausen.com/dia0

DÍA 2

Lo siguiente sucede el domingo 27 de Julio en Dinamarca.

UNO

Selina se despierta por un grito.

Se sienta de golpe y mira alrededor. Está en su habitación. El sol entra a raudales por la ventana, y la habitación ya está demasiado caliente. Deben ser al menos las 10:00 AM. Por un momento, se siente completamente confundida.

«¿Me quedé dormida?»

Poco a poco, algunos de sus recuerdos vuelven. Hoy no va a la escuela; es domingo. Anoche estuvo de fiesta con sus amigos. Se emborracharon bastante. Como para confirmarlo, un dolor de cabeza palpitante se apodera de sus sienes.

«¿Alguien estaba gritando hace un momento? ¿O lo soñé?»

Otro grito responde su pregunta. Viene del jardín. Esta vez, puede decir que no es un grito real, solo un niño jugando.

Selina se recuesta de nuevo con un suspiro profundo.

Ahora todo vuelve a ella. Es el cumpleaños de Louisa. Ha invitado a todas las niñas de su clase.

«Perfecto», piensa Selina, tirándose la manta sobre la cara. Justo lo que necesitaba mi resaca.

Pronto está demasiado caliente debajo de la manta. De hecho, ya está sudando. Así que se levanta, entrecerrando los ojos contra la luz del sol mientras abre la ventana y deja entrar el aire fresco y tibio. Se apoya en el alféizar y mira hacia el jardín. En la terraza hay mesas decoradas con banderas y globos. Tres chicas se persiguen por el césped. Son ellas las que están gritando.

Selina mira hacia los campos abiertos. Se extienden interminablemente bajo la cúpula azul del cielo de verano. Aún no se acostumbra realmente a vivir aquí. Al igual que no se acostumbra a Louisa ni a Ulla. O más bien, "Hermanita" y "Mamá", como insiste su papá en que las llame. Como si eso fuera a pasar.

Algo llama su atención. Parece que una persona está caminando por uno de los campos. Es difícil estar segura, con el sol cegándola, y el hecho de que, sorprendentemente, se acordó de quitarse las lentes de contacto antes de acostarse anoche; podría simplemente ser el trigo moviéndose con la brisa.

Siente una nueva ola de dolor de cabeza.

«¿Cómo llegué a casa? Ciertamente, Jonas nos condujo. Oh, mierda, ¿lo besé? Creo que sí...»

Selina deja escapar un gemido y se frota la frente. Si realmente besó a Jonas, más le valdría acostarse y morir aquí mismo. Krista nunca dejará de burlarse de ella mientras viva, incluso si solo fue un pequeño beso en los labios al despedirse en el coche.

Selina busca su celular. No puede ver su bolso por ninguna parte, así que probablemente el teléfono esté en su ropa, que está esparcida por el suelo. Empieza a buscarlo, con cuidado de no provocar más dolor de cabeza al agacharse. No encuentra nada. Suspende la búsqueda por ahora, y va al baño. Bebe un par de sorbos de agua y se quita lo peor del maquillaje. Luego se sienta a orinar, cerrando los ojos por un momento.

La ventana está abierta, y puede oír un coche entrando en el patio.

«Probablemente más mocosos para la fiesta».

Dos puertas de auto se abren y se cierran de golpe. Puede oír pasos en la grava y la puerta principal abriéndose.

La voz de su padre se escucha: —Buenos días, oficiales. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Selina se congela. «¿Oficiales? ¿Qué diablos? ¿La policía está aquí?» Inmediatamente se siente culpable. ¿Jonas había estado bebiendo cuando los llevó a casa anoche? ¿Había drogas en el coche?

—Buenos días, señor —dice una voz masculina. Somos de la policía local.

—Ya me lo imaginaba —dice su papá—. ¿Pasa algo?

Selina termina rápidamente y va a la ventana. Desde allí puede ver a su padre y a dos oficiales de policía uniformados. Uno de ellos es mayor y tiene barba gris. El otro es bastante joven, quizás de unos veinte años, y bastante guapo. El oficial más joven parece estar bastante nervioso, ya que sigue lanzando miradas alrededor del patio.

“Mi nombre es Soren, y este es Allan”, dice el oficial mayor.

“Torben”, dice el papá de Selina, estrechando la mano del oficial mayor. También ofrece su mano al oficial más joven, pero él no lo nota.

“Allan?” pregunta el oficial mayor.

Allan gira la cabeza, sonríe disculpándose y estrecha brevemente la mano de papá, antes de volver a buscar con la vista por los alrededores.

«¿Por qué está tan paranoico?» piensa Selina.

—Estamos buscando a una joven que desapareció anoche —explica Soren, sacando un teléfono—. Su nombre es Jennie Nygaard. Si pudiera mirar su foto...

Papá estudia la pantalla por un momento, antes de negar con la cabeza. —Lo siento, no la he visto. ¿Es de por aquí? Mi hija y yo nos mudamos aquí el mes pasado, ya ve, así que no conocemos realmente...

Es interrumpido por un grito en el patio trasero. Soren levanta las cejas grises, y la mano de Allan va instintivamente a su cinturón, aunque Selina no puede ver ningún arma allí.

—Estamos teniendo una fiesta de cumpleaños para niñas —explica el papá de Selina—. Solo son las chicas jugando.

—¿Podríamos hablar con usted dentro? —pregunta Soren.

—Claro, pasen. Mi esposa está de compras, pero volverá en unos diez minutos. Tal vez ella conozca a la chica.

Los oficiales siguen al padre dentro de la casa. Justo antes de desaparecer de la vista, Selina nota que Allan echa una última mirada por encima del hombro. Luego la puerta principal se cierra.

Selina está tan curiosa que se ha olvidado completamente de su dolor de cabeza. Corre a su habitación, se viste y se pone nuevas lentes de contacto. Justo cuando está a punto de salir de su habitación, nota algo fuera de la ventana.

Es la figura en el campo de nuevo. Esta vez, está segura de que realmente es una persona, porque está mucho más cerca. Puede ver que es una chica de aproximadamente la misma edad que Selina. Se dirige directamente al jardín, donde las niñas están jugando. Solo una fila de rosales separa el césped de los campos circundantes.

Pero algo parece raro en la chica, nota Selina. Está tambaleándose de manera precaria, casi como una sonámbula. Sus brazos están extendidos frente a ella, como si estuviera agarrando algo. Su cabello está desordenado y cubre la mayor parte de su cara.

«¿Podría ser la chica que la policía está buscando? Será mejor que le avise a los oficiales...»

Selina corre bajando las escaleras.

DOS

Bajando las escaleras, Selina se encuentra con un grupo de niñas riendo ruidosamente.

—¡Heey! —grita una de ellas. —¿Eres la hermana mayor de Louisa?

Selina no se molesta en responder, sino que pasa rápidamente junto a ellas. Encuentra a su papá con los oficiales en la cocina.

Allan se gira inmediatamente cuando ella entra en la habitación. Sus ojos son sorprendentemente oscuros y atractivos, pero también nerviosos, casi asustados.

—¿Sospechan que le pasó algo a la chica? —pregunta su papá, quien está sirviendo café y no la ha notado.

—No podemos discutir el caso —dice Soren, tomando la taza con un gesto agradecido.

—Pero se enterarán por los medios antes de que termine el día, eso se los puedo garantizar.

De repente, Selina se siente incómoda. Allan es el único que ha notado su presencia, y no hace más que mirarla en silencio, lo cual la pone nerviosa. Selina aclara su garganta.

Su papá se da la vuelta. —Buenos días, pequeña. ¿Cómo está la cabeza?

—Bien —murmura Selina.

—Esta es mi hija, Selina.

—Buenos días —murmura Soren entre un sorbo de café mientras la observa pensativamente—.

¿Cuántos años tienes, Selina?

—Uhm... dieciséis.

—¿Conoces a Jennie Nygaard? Ella es un año mayor que tú.

—No la conozco, pero creo que—

Es interrumpida cuando tres niñas irrumpen en la cocina. Louisa es una de ellas.

—¡Torben! ¿Puedo abrir mis regalos ahora? Oye, ¿quiénes son estos señores?

—Estos son oficiales de la policía —explica el papá.

—¡Guau! —Louisa exclama, mirando a los hombres—. ¿Son policías de verdad?

—Claro que sí —dice Soren, sonriendo—. ¿Y cuántos años tienes, cariño?

—¡Siete! —exclama Louisa orgullosamente, levantando el mismo número de dedos.

—¡Louisa! —Una de las otras niñas le tira de la manga—. ¿Dónde está tu perro?

—Sí, dijiste que podríamos verlo —interviene la tercera niña.

La expresión de Louisa se torna triste. —Se fue.

—El perro de Louisa desafortunadamente se escapó hace unos días —explica su papá—. Pero pusimos carteles, y estoy seguro de que alguien lo encontrará. Ve a mostrarle tu habitación a tus amigas, Louisa.

Las niñas dejan la cocina y corren subiendo las escaleras.

—Por favor, siéntense —dice su papá a los oficiales—. Mi esposa llegará en cualquier momento.

Soren se sienta, pero Allan pasa de largo la mesa y se coloca frente a la ventana que da al jardín trasero, donde las niñas aún corren y juegan.

Selina toma aire. —Creo que he visto a la chica que están buscando.

Toda la atención se vuelve hacia ella de inmediato. Incluso Allan se aparta de la ventana para mirarla.

—Entiendo —dice Soren con calma—. ¿Y cuándo fue eso?

—Ahora mismo. Hace un minuto. Vi —En ese momento, Selina ve algo a través de la ventana.

La chica del campo atraviesa los rosales. Las espinas están desgarrando su ropa y dejando arañazos sangrientos en sus brazos, pero la chica no parece notarlo. Solo tropieza hacia el césped con pasos rígidos y tambaleantes.

El rostro de la chica deja a Selina sin palabras. Su cabello desordenado no puede ocultar el tono verdoso que domina la piel ni los ojos lechosos que pertenecen más a un pez muerto que a una adolescente. Su mirada está fija en una de las niñas que está de espaldas a los rosales, a sólo unos metros de distancia.

—¿Selina? —pregunta su papá, trayéndola de vuelta— ¿Qué pasa?

Selina levanta el brazo y señala.

Allan ya ha girado la cabeza para mirar. —¡Mierda! —exclama, girando sobre sus talones y corriendo hacia el pasillo.

—¡Allan! —exclama Soren, levantándose de la mesa. —¿Qué estás haciendo?

Pero Allan no responde, y un segundo después la puerta principal se cierra de golpe.

Selina sigue señalando y mirando por la ventana, incapaz de moverse o hablar, atrapada como en una pesadilla, todo de repente, moviéndose dolorosamente lento. Ve a la chica que debe ser Jennie Nygaard abalanzarse sobre la niña; parece más que nada un torpe abrazo, haciendo que ambas caigan al césped. Durante unos segundos, se revuelcan.

Luego la niña grita. Esta vez, es un grito genuino. Un grito de dolor y de miedo.

—¿Qué demonios? —dice papá— ¿Qué está haciendo? ¿Es esa la chica que ustedes,,,

—Quédense aquí —ordena Soren, corriendo por la sala de estar y abriendo la puerta de la terraza.

Papá lo sigue.

Selina aún no puede moverse. Los eventos parecen acelerarse nuevamente, alcanzando un ritmo antinatural. Ve y oye todo desde la ventana, que está entreabierta.

Jennie Nygaard está sentada a horcajadas sobre la niña que aún está gritando, ahora con tonos muy agudos, casi como un murciélago. Jennie Nygaard echa la cabeza hacia atrás, y Selina ve el trozo ensangrentado entre sus dientes. Desaparece rápidamente de la vista, mientras la adolescente lo traga y se inclina de nuevo para otro mordisco.

«¿Qué demonios?! Ella... ella... ¡la está mordiendo!»

—¡Oye, tú! —grita Soren mientras corre por el césped— ¡Deja eso ahora mismo!

Jennie Nygaard no reacciona lo más mínimo a su llamada, sino que sigue mordiendo.

—¡Oye! —grita Soren, agarrándola por el hombro— Te dije que....

Selina ve al oficial quedarse inmóvil, su expresión se convierte en puro horror. —¿Qué demonios estás haciendo? ¡Para! ... ¡Para eso!

Empuja a Jennie Nygaard a un lado, dándole a Selina una vista clara de la niña en el césped. La vista la hace jadear. Hay un enorme cráter sangriento en el cuello de la niña. Ya no está gritando.

—¡Allan! —ruge Soren, arrodillándose junto a la niña— ¡Allan, maldita sea! ¿Dónde estás?

Jennie Nygaard se está levantando laboriosamente, y el oficial parece por un segundo haberla olvidado por completo. La parte inferior de su rostro está cubierta de sangre. Hace un sonido a medio camino entre un gorgoteo y un gruñido, luego se vuelve hacia Soren.

De repente, milagrosamente, la voz de Selina regresa. —¡Cuidado! ¡Cuidado detrás de ti!

TRES

El policía reacciona al aviso de Selina, pero demasiado tarde. Jennie Nygaard se inclina y hunde los dientes en la parte trasera de su cuello.

Soren ruge de dolor y la arroja lejos. Toca la parte trasera de su cuello y luego mira incrédulo sus dedos ensangrentados. Jennie Nygaard ha caído de nuevo, pero eso no le impide agarrarle su pierna e intentar morderle el tobillo.

El oficial retira la pierna. —¡Quédate en el suelo! ¡Te digo que te quedes en el suelo!

—Jennie Nygaard no escucha; sigue arrastrándose obstinadamente, sus uñas se clavan en el césped, su boca chasquea. Soren hace un movimiento que parece ensayado: rápidamente se coloca a un lado, planta una rodilla en su espalda, le tuerce ambos brazos hacia atrás y le pone un par de esposas.

En ese momento, Allan aparece corriendo por la casa. Tiene un arma en la mano.

—¡Atiendan a la chica! —grita Soren— ¡No creo que tenga pulso!

Allan vacila un momento al ver a Jennie Nygaard. Luego, se agacha junto a la chica.

—¡Santo cielo! Su tráquea está completamente destruida... ella ya está... ¡joder! —Su mano libre va a su cabeza.

Selina se vuelve incapaz de moverse, y esa desagradable sensación de estar atrapada en un sueño la invade nuevamente. Un pensamiento único sigue repitiéndose.

«Esto no puede estar pasando. Simplemente no puede».

—Dios mío, está completamente ida —gruñe Soren, intentando sujetar a Jennie Nygaard. Ella se retuerce violentamente de un lado a otro, doblando su espalda en ángulos obtusos, pareciendo que su columna vertebral podría romperse en cualquier momento. Sin embargo, no parece estar sufriendo, ya que su principal preocupación sigue siendo intentar morder a Soren.

—¡Deja de resistirte! —le grita— ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? ¡Quédate quieta!

Echa un vistazo a su alrededor y fija la mirada en Allan. —¿Qué estás esperando? ¡Llama a una ambulancia!

Allan saca un walkie-talkie, sus movimientos son lentos y vacilantes.

—¿Qué está pasando? —Es la voz del papá, que aparece de repente en la terraza.

Soren le señala— Saca a las niñas de aquí. Llévalas dentro.

Las niñas restantes (que Selina ni siquiera había notado hasta ahora), corren hacia su papá llorando, y él desaparece dentro de la casa con ellas.

—Central —dice Allan por el walkie—. Tenemos a una herida... —Se detiene. Está mirando algo fuera de la vista de Selina. No es hasta que da un paso tambaleante hacia un lado que ella lo ve. La niña muerta ahora está sentada.

El primer pensamiento de Selina es que la niña no estaba realmente muerta después de todo. Pero luego ve sus ojos, mientras la niña gira la cabeza y mira hambrienta a los oficiales.

Esto es un mal sueño. Tiene que ser. Voy a despertar en cualquier momento ahora...

Pero una parte de ella sabe que no está soñando. Una parte de ella entiende que todo esto es terriblemente real. Una palabra resuena en algún lugar de su mente. Esa palabra es zombi. Y esa parte de ella entiende que los zombis ya no son sólo algo de la televisión.

La niña exclama algo que podría haber sido un gruñido, de no ser por la garganta desgarrada, que solo produce un sonido de gorgoteo. Se pone de pie. Su vestido de verano blanco está completamente cubierto de sangre, que aún sale del agujero abierto en su cuello. Extiende los brazos y avanza tambaleante hacia Allan, pareciendo grotescamente una niña pequeña que quiere a su papá.

Allan vacila, sacude la cabeza, retrocede tambaleándose.

—¡Allan! —grita Soren, aún luchando contra el zombi esposado— ¡¿Qué demonios estás haciendo?! ¡Ayúdala, por el amor de Dios!

Allan sigue retrocediendo. Deja caer el walkie sobre el césped. En su lugar, levanta el arma.

—¡Allan, maldita sea! —ruge Soren—. ¡¿Qué demonios estás...?!

El disparo resuena en el jardín, sorprendentemente fuerte. Duele en los oídos de Selina, y el vidrio frente a ella vibra por un segundo. La cabeza de la niña es lanzada hacia atrás, revelando un agujero enorme justo encima de su ojo. Logra dar un paso más, luego se desploma sobre el césped.

Unos segundos de terrible silencio pasan.

Lo único que Selina puede escuchar es un zumbido agudo en sus oídos, y Jennie Nygaard aún gruñendo e intentando liberarse. Selina nota distraídamente cómo su papá pasa corriendo detrás

de ella, conduciendo un grupo de niños.

Afuera en el césped, Allan está mirando fijamente a la niña muerta. Su boca se abre y se cierra varias veces.

Soren mira a su compañero. —Tú... tú le disparaste...

Allan se gira para enfrentar a Soren. Allan parece muy enfermo. Murmura algo que Selina no alcanza a escuchar. Suena como: "... tenía que hacerlo..."

Quizás porque Soren está distraído, Jennie Nygaard finalmente logra girarse lo suficiente como para clavar sus dientes en el muslo de él.

—¡Auv, maldita sea! ¡Suéltame! ¡Déjame ir! —Envía un puño directamente a su cara, una, dos, tres veces. Jennie Nygaard ignora los golpes, y sigue mordiendo ferozmente, desgarrando los pantalones y haciendo que la sangre brote. Soren se levanta y retrocede. La zombi se aferra y es arrastrada unos pasos antes de que finalmente pierda su agarre.

Soren retrocede cojeando, agarrándose la pierna. —Maldita sea, me ha mordido... —Aún está sangrando de la herida en la parte trasera de su cuello, la sangre corre por ambos lados como hilos de cabello rojo.

Jennie Nygaard todavía tiene las manos atadas detrás de la espalda, lo que significa que no puede levantarse. En cambio, se arrastra tras Soren como un gusano gigante. Un trozo de su pantalón sigue atrapado entre sus dientes.

Allan se interpone entre ellos. Apunta el arma a la cabeza de Jennie Nygaard.

—No, Allan —empieza Soren.

Es interrumpido una vez más, ya que Allan aprieta el gatillo por segunda vez. El disparo es tan ensordecedor como la primera vez.

Jennie Nygaard cesa de moverse de inmediato.

CUATRO

El silencio que sigue es aún más ensordecedor que los dos disparos.

El primer ruido que Selina registra es el llanto de las niñas en algún lugar cercano.

Luego escucha algo mucho más cerca: un sonido de gorgoteo que viene de su propia garganta. Se dobla y vomita en el suelo. El sabor dulce del licor Malibu, le trae recuerdos fugaces de la noche anterior.

Su estómago se vacía rápidamente. Se contrae unas cuantas veces más, y Selina escupe en el charco. Afuera en el jardín puede escuchar a los oficiales gritándose entre ellos.

—¿Te has vuelto completamente loco?

—¡Eran zombis, maldita sea!

—¡Dame el arma! ¡Déjala ir!

Selina mira afuera para verlos peleando por el arma.

Luego, su padre está a su lado, pálido. Sin decir una palabra, la agarra del brazo y la arrastra hacia las escaleras.

—Papá, espera ...

Pero Papá no parece oírla. La lleva arriba y a la habitación de Louisa, donde un grupo de niñas asustadas (incluyendo Louisa) están de pie o sentadas alrededor del suelo, sollozando o mirando en silencio con los ojos muy abiertos.

—Nos quedamos aquí —dice Papá a nadie en particular—. Todos nosotros. Estamos seguros aquí.

—¿Qué pasa con Josefine? —pregunta inmediatamente una de las niñas.

Selina supone que Josefine debe ser la chica tendida en el césped en el jardín trasero con una bala en el cerebro.

—Ella está bien, Josefine está bien —miente el padre y finalmente mira a Selina.

—Quédate aquí con las chicas. Consuélalas si se asustan —Se dirige de nuevo hacia la puerta.

—¡Papá! —dice Selina, siguiéndolo—. No puedes bajar allí...

—¡Harás lo que digo! —grita su padre, y se da la vuelta para señalarla con el dedo.

Selina retrocede, asombrada. Su padre nunca le ha gritado antes. Lo mira y se da cuenta de que está temblando, sus ojos parpadeando.

—No tengo idea de lo que está pasando allá abajo —murmura—. Pero es obvio que no tienen la situación bajo control, así que voy a llamar a la policía, y también voy a llamar a Ulla para decirle que no vuelva a casa —Se palpa los bolsillos—. Mi teléfono está abajo. Volveré tan pronto como haga las llamadas.

Deja la habitación sin más explicaciones, cerrando la puerta de un golpe y girando una llave del otro lado.

Selina dirige la mirada hacia las chicas asustadas, la mayoría de ellas mirándola sin saber qué hacer o decir. En ese momento, se oye un grito desde el jardín. Selina corre a la ventana. Mirando hacia abajo, ve a los policías rodando por el césped, todavía luchando por el arma.

Soren gana la pelea y se pone de pie, jadeando, sosteniendo el arma. Le apunta a Allan mientras retrocede cojeando unos pasos. —Estás ... bajo ... arresto ... —jadea.

—Estás infectado, Soren —dice Allan, sentándose, con la camisa y el cabello todos desordenados —Te convertirás...

—¡Cállate! —grita Soren— ¡Y quédate en el suelo!

Allan levanta las manos. —Escúchame, maldita sea. ¡Todavía podríamos tener una oportunidad de detenerlo!

Soren no responde, pero recoge el walkie. —Central —dice.

—¡No! —grita Allan— ¡No llames refuerzos! ¡No podemos arriesgarnos a que más personas se infecten!

Soren se aleja un poco más. —Sí, necesitamos una ambulancia ... un oficial está herido, dos civiles están muertos ... Encontramos lo que suponemos es la persona desaparecida ... la cual ahora está muerta.

Alguien tira de la manga de Selina. Se vuelve para ver a Louisa. Sus labios están temblando. —Selina, ¿por qué está pasando esto en mi cumpleaños?

—No lo sé —murmura Selina, dándose cuenta de que todas las chicas la están mirando. Fuerza una sonrisa—. No hay necesidad de tener miedo, estamos seguras aquí arriba.

—¿Qué pasa con Josefina? —pregunta una de ellas.

Selina echa un vistazo al césped y siente un escalofrío por la espalda a pesar del calor. —No ... no estoy segura que pasa con Josefina.

Louisa se inclina para mirar, pero Selina la empuja suavemente hacia atrás. —Siéntate, ¿de acuerdo? Esto se acabará pronto.

—Quiero a mamá —dice Louisa y empieza a llorar.

—Tu mamá estará aquí en un minuto —le promete Selina.

Pero Louisa sigue llorando, y eso desencadena una reacción en cadena. Pronto todas las chicas están sollozando. Selina mira por la ventana otra vez.

Allan sigue sentado en el césped, con la cabeza entre las palmas, pareciendo estar cavilando sobre un problema serio. Soren se ha sentado en una de las sillas del jardín. El arma está en la mesa a su lado. Está atendiendo la herida de mordedura en su pierna. La otra herida, la del cuello, todavía está sangrando.

—Soren —dice Allan, levantando de repente la cabeza—. "Tienes que escucharme. No estoy loco.

Soren le lanza una breve mirada, pero no dice nada.

—Tú mismo la viste —continúa Allan, señalando el cuerpo de Josefina—. Ella estaba muerta. Sé que la viste. ¿Cómo crees que pudo levantarse de nuevo?

—Aparentemente, no estaba muerta después de todo —gruñe Soren—. No hasta que le disparaste.

—¡Sí lo estaba! Estaba muerta como una piedra. Revisé su pulso.

Ninguna respuesta de Soren esta vez.

El llanto de las chicas empieza a poner nerviosa a Selina. Hace difícil escuchar lo que dicen los oficiales. Se vuelve y calla a las chicas, pero apenas la notan.

—Hey —dice—. Estén quietas, ¿de acuerdo? Necesitan quedarse calladas.

Las chicas sollozan, y algunas de ellas realmente detienen el llanto.

Selina vuelve su atención a la ventana abierta una vez más.

—¿Qué tal ella, entonces? —pregunta Allan, señalando a Jennie Nygaard— ¿Te parecía viva cuando te atacó? Ella ha estado muerta al menos doce horas, y lo sabes.

Soren mira brevemente el cadáver de Jennie Nygaard, pero no responde.

Allan continúa suplicante: —Esto es una forma de enfermedad. Está matando a la gente rápidamente y luego los hace volver para que ataquen a otras personas y propaguen la infección. Lo supe tan pronto como vi los tres cuerpos. Debería habértelo dicho, pero sabía que no me creerías hasta que lo vieras —Allan duda por un momento. Selina puede notar cómo consideraba

sus próximas palabras—. Ya estás infectado, Soren. Lo siento mucho, pero ... no hay nada que podamos hacer. Y si no cancelas esa ambulancia, vas a propagar la infección a mucha más gente —Soren se burla—. Esto no es una película, Allan.

—No, es real. ¿De verdad quieres el fin del mundo sobre tus hombros?

Soren toca con cuidado la herida en su cuello y murmura algo que Selina casi no puede escuchar. Suena como: —... duele como el infierno ...

Incluso desde aquí arriba, Selina puede notar cómo la piel alrededor de la herida ya está empezando a tomar un color verdoso; el mismo color que la piel de Josefine tenía cuando volvió a levantarse.

El estómago de Selina está dando vueltas. Lo que dice Allan es completamente absurdo, pero por alguna razón, también tiene sentido. Si funciona como en las películas, entonces Allan tiene razón: es el fin del juego en cuanto te rasguñan o te muerden. Es solo cuestión de tiempo antes de que andes por ahí como un monstruo comedor de carne.

Selina se muerde el labio. Trata de pensar. «¿Hay algo que pueda hacer?» Asume que es demasiado tarde para ayudar a Soren. ¿Pero puede de alguna manera evitar que llegue la ambulancia? ¿O que Soren suba a ella?

No mientras tenga el arma ...

Mira el arma en la mesa. Soren se está recostando en la silla del jardín, gimiendo y cerrando los ojos por un momento, su frente brillando de sudor.

Esto es una locura, piensa Selina. Pero tengo que intentarlo ...

CINCO

Selina cierra la ventana y se vuelve hacia las chicas. —Escuchen, chicas. Necesito salir de la habitación por un minuto. Pero ustedes se quedan aquí, ¿de acuerdo? No va a pasar nada.

—No puedes salir —dice Louisa, limpiándose la nariz con la manga—. Tu papá cerró la puerta con llave.

—Voy a salir por la ventana.

Las chicas se miran entre sí, luego de nuevo a ella.

—¿No es peligroso? —pregunta Louisa.

—¿A dónde vas? —pregunta otra.

—¿Cuándo volverás? —pregunta una tercera.

Selina se lleva un dedo a los labios. —Tienen que estar calladas, ¿recuerdan? Es muy importante que no digan nada una vez que abra la ventana. Volveré en menos de cinco minutos. Pero no quiero que miren por la ventana mientras no esté. Necesitan quedarse sentadas, ¿de acuerdo? ¿Entienden?

Unas cuantas chicas asienten.

Desde el otro lado de la puerta, Selina puede escuchar la voz de su papá hablando por teléfono. —Sí, dos oficiales, y uno de ellos se ha vuelto loco ... no, Louisa está bien, solo no vuelvas a casa ahora, ¿de acuerdo? ... Escucha, ¡te lo sigo diciendo: no lo sé!

Selina abre la ventana de nuevo. Se abre completamente como una puerta. Papá ha querido ponerle un dispositivo de seguridad infantil, pero por suerte, no lo ha hecho.

Al sentarse en el alféizar de la ventana, puede alcanzar el desagüe que corre por la pared. Extiende sus piernas, y por un momento siente mareo. Probablemente se deba a la resaca, porque nunca ha tenido miedo a las alturas; de hecho, solía trepar muchos árboles cuando era pequeña.

—Selina —susurra Louisa detrás de ella.

Selina gira la cabeza y le pide silencio con un gesto.

—Solo quería decirte que tengas cuidado —susurra Louisa—. No quiero que te caigas y te lastimes.

Selina le envía una sonrisa rápida y susurra: —No te preocupes —Luego, se inclina y agarra el desagüe. El metal ya está caliente por el sol. El tubo parece estar bien sujeto a la pared y puede soportar su peso fácilmente.

Mira hacia abajo en la terraza una vez más. Soren sigue sentado con los ojos cerrados. Allan, que está sentado en el césped, mira hacia arriba en ese momento exacto y se encuentra con los ojos de Selina. Parece que va a decir algo, pero luego cambia de opinión. Luego simplemente mira a su compañero y de nuevo a Selina.

Asiente discretamente, una vez.

Selina se desliza y comienza a bajar por el desagüe. El metal emite pequeños sonidos bajo su peso, pero por suerte, Soren se está quejando del dolor, así que no lo nota.

—Maldita sea —gime, inclinándose hacia adelante en la silla—. Me estoy quemando aquí ... ¿cuándo llegará esa ambulancia?

Selina sigue descendiendo. Está a sólo casi unos 2 metros del suelo cuando su palma sudorosa resbala en el tubo, produciendo un sonido agudo. Selina se queda congelada.

Soren levanta la cabeza. Sus ojos están nublados. —¿Qué fue eso? —murmura y mira alrededor.

—¡Soren! —dice Allan en voz alta, atrayendo su atención— ¿Por qué no me escuchas? Necesitas llamar y cancelar esa ambulancia ...

—Ahora cállate. Estás bajo arresto, ¿recuerdas? Tienes derecho a permanecer en silencio, así que usa ese derecho.

Selina se desliza y aterriza en la terraza sin hacer otro sonido. Su corazón late con fuerza mientras se acerca a Soren y a la mesa donde está el arma. Está a sólo cinco pasos de distancia.

—El futuro del mundo podría depender de ello —sigue diciendo Allan, manteniendo la atención de Soren alejada de Selina.

—No quiero oír más de ti —dice Soren, parpadeando y secándose el sudor de la frente.

—Hasta que llegue la ayuda, no abras la boca, ¿entiendes?

Selina mira a Allan, y él le devuelve la mirada. Desafortunadamente, Soren mira a Allan en ese momento, y ve que los ojos de su compañero parpadean.

—¿Qué estás mirando? —murmura y se gira en su silla— Mira directamente a Selina, y sus ojos se abren de par en par. —¡Oye! ¡Vuelve a esa casa! —Intenta alcanzar el arma, pero el

movimiento parece descoordinado, y su mano falla en la mesa, casi haciendo que se caiga de la silla.

Antes de que pueda intentarlo de nuevo, Selina salta y agarra el arma.

—¡Detente! —grita Soren, agarrándola del brazo.

Selina casi deja caer el arma, ya que es mucho más pesada de lo que anticipaba, y tira para liberarse. —¡Suéltame!

Pero el agarre de Soren es firme. Se pone de pie y la agarra con la otra mano también. Puede sentir el calor que emana de él mientras lucha por quitarle el arma. Ella lucha por mantenerlo a raya, y de repente, Allan está allí, sacando el arma de su mano y apuntándole a Soren. —Déjala ir, hombre. Y vuelve a sentarte.

Soren la suelta, da un paso tambaleante hacia atrás y levanta las manos, parpadeando con dificultad. —Está bien. Tranquilo, Allan.

Selina se aleja de los oficiales. Puede ver que Soren está en muy mal estado ahora. De hecho, está luchando por mantenerse en pie. Sus ojos están llorosos, su voz está empapada. Es una visión terrible con la sangre seca por todo su cuello, y su piel parece gris ceniza bajo la luz del sol.

—Baja esa arma, Allan —murmura como si estuviera soñando—. No sabes lo que ... lo que estás haciendo ...

—Siéntate, Soren —dice Allan sin bajar el arma—. Tienes una fiebre muy alta.

—¿De verdad? —pregunta Soren con voz de asombro, pasándose la mano por la frente, la mira y la encuentra empapada de sudor— Bueno, ¿qué crees? Tengo fiebre ... —Luego sus ojos se vuelven hacia el cielo y se desmaya.

SEIS

Selina mira desde el policía inconsciente en las baldosas de la terraza, hasta al policía armado que está a unos metros de distancia. Allan está mirando a su compañero mientras respira pesadamente por la nariz.

—¿Vas a ... vas a ...? —pregunta Selina tímidamente.

Allan, la mira como si por un momento se hubiera olvidado de ella, luego asiente brevemente. —Gracias por ayudarme. Será mejor que entres ahora.

—¿Estás ... seguro de que no hay absolutamente ninguna otra manera? ¿Totalmente seguro? La ambulancia probablemente estará aquí en un minuto, y si pueden ayudarlo de alguna manera ...

—No pueden —dice el joven oficial, sacudiendo la cabeza con gravedad, una gota de sudor cayendo de su barbilla—. No hay nada que alguien pueda hacer. Una vez que te muerden ... — Señala hacia la casa— Entra, por favor.

Soren emite un ruido. Es una mezcla entre un jadeo y una tos. Se estremece por un momento, pero no abre los ojos.

—Ya está entrando en coma —murmura Allan, agarrando la pistola con ambas manos y separando un poco los pies— Ve ahora.

Selina se dirige hacia la puerta de la terraza.

De repente, la voz de su papá llama desde el piso de arriba: —¡Selina! ¿Qué demonios estás haciendo? —Ella mira hacia arriba y lo ve asomado por la ventana, con incredulidad y horror en su rostro— ¿No te dije que te quedaras aquí arriba?

—Pero tenía que...

—¡Cierra esa ventana! —grita Allan— No quiero que las niñas vean esto ...

El padre mira a Soren y luego a Allan. —Dios, espero que no estés pensando en dispararle.

—Ya está muerto.

—No, no lo está, puedo escucharlo respirar desde aquí arriba. Está solo herido. Necesita atención médica. Ya he llamado a la policía, están en camino.

—Papá, no entiendes —comienza Selina.

—¡Selina, entra en la casa! —grita papá.

—Pero ha sido...

—¡Cállense los dos! —grita Allan, señala con el dedo al papá de Selina— Tú, cierra esa ventana. Y tú ... —Señala a Selina— entra ahora mismo.

El padre obedece y cierra la ventana, pero no sin antes enviarle a Selina una última mirada significativa. Selina atraviesa la puerta de la terraza y la cierra detrás de ella. No tiene ganas de mirar afuera, pero no puede evitarlo.

Allan sigue apuntando a Soren con la pistola. Mira hacia la ventana del primer piso, como para asegurarse de que nadie esté mirando. Es sólo un segundo. Pero es suficiente. Todo sucede muy rápido. Soren se incorpora abruptamente y abre los ojos. Sus pupilas están blancas, vacías, muertas, vivas, hambrientas.

Selina grita.

Soren se inclina y muerde el tobillo de Allan.

Allan da un grito de dolor. Apunta el arma y dispara a Soren en la cabeza.

El disparo resuena en toda la casa por tercera vez.

Soren muere por segunda vez.

Todo se detiene durante varios segundos.

Selina está mirando al joven oficial a través del cristal de la puerta de la terraza. Él se agacha lentamente para levantarse la pernera del pantalón, revelando su tobillo y una marca de mordedura sangrienta. Luego, se endereza de nuevo, con una expresión completamente en blanco. Sus ojos caen sobre Selina, pero es más como si estuviera mirando a través de ella.

Selina contiene la respiración mientras Allan levanta la pistola y se la coloca bajo la barbilla.

«No», piensa Selina, pero no puede moverse, no puede hablar, ni siquiera puede apartar la mirada.

El rostro de Allan se ha convertido en una mezcla de emociones. Selina se prepara mentalmente para otro fuerte estallido.

Pero... no llega.

Allan baja la pistola de nuevo.

Selina parpadea y finalmente empieza a respirar de nuevo. No puede hacerlo ...

Entonces Allan hace otra cosa. Algo completamente inesperado. Gira sobre sus talones y corre cojeando alrededor de la casa.

«¿Qué está haciendo? ¿A dónde va?»

Selina corre por la sala de estar y sale a la cocina.

Su papá baja corriendo las escaleras, gritando: —¿Selina? ¿Dónde estás? ¡Ven aquí!

Selina no responde. Va a la ventana de la cocina y mira hacia afuera, justo cuando Allan aparece corriendo. Salta al auto de policía.

Papá entra en la cocina detrás de ella. —¡Ahí estás! ¿Qué estabas pensando? ¡Ven aquí! —La agarra del hombro.

Selina se suelta de un tirón. —¡Suéltame, papá! Necesito ver qué va a hacer ... —Ella mira fijamente a Allan, quien arranca el motor, acelera, gira el volante y sale del patio, dejando una nube de polvo.

—Se ... se ha escapado —susurra Selina.

—Mejor —dice papá—. Ve y cierra la puerta principal, Selina. Por si acaso vuelve. Llamaré a la policía de nuevo, ¡y preguntaré por qué demonios están tardando tanto!

Selina va hacia la puerta principal, sintiéndose de repente muy irreal, como si estuviera en una película. Se queda allí por un momento, mirando la manilla. Ve todo desarrollarse en su mente. Allan, conduciendo en la autopista. Allan, cada vez más enfermo al volante. Allan, llegando al hospital. Allan, muriendo en el pasillo. Allan, recibiendo RCP de un médico. Y finalmente Allan, despertando en un edificio lleno de gente ...

En este momento, Selina es la única consciente de este peligro. Es la única que puede evitar que este escenario se haga realidad.

«Tengo que detenerlo».

No sabe qué más hacer, así que abre la puerta de golpe y corre a través del patio. Al final del camino de grava, apenas ve el coche de policía girando a la izquierda hacia la autopista, dirigiéndose hacia la ciudad.

SIETE

Dan parpadea, tratando de humedecerse los ojos mientras maneja la scooter de Jennie por la carretera desierta que serpentea entre los campos abiertos. A su izquierda hay un bosque, y debajo de los neumáticos de la scooter, el asfalto hierve por el calor. Dan está sudando.

En su mochila lleva una botella grande de agua y dos sándwiches. Hizo tres en la casa, pero se comió uno cuando salió al garaje. Es todo lo que ha comido desde ... ¿desde hace cuánto? No está seguro de la hora, y no hay un reloj en la scooter de Jennie, pero juzgando por la posición del sol, deben ser alrededor del mediodía. Lo que significa que han pasado más de veinticuatro horas desde que todo esto comenzó.

Dan parpadea e intenta humedecerse los ojos. Siente la necesidad de frotárselos, pero no se atreve a quitar una mano del volante, y no tiene tiempo para hacer una parada—ya perdió demasiado tiempo. Primero al intentar convencer a Linda de que lo acompañara. Necesitaba a alguien que lo condujera, pero ella no cedió, no importaba lo que él dijera.

—Escúchame, Linda ...

—No, tú escucha. Ya terminé. ¿Lo entiendes? ¡He perdido a mi esposo, por el amor de Dios!

—Pero necesitamos encontrar a mi hermana. Ella podría estar...

—¡No me importa! ¡Ya hice suficiente! ¿No estuve de acuerdo en quemar el coche? Me voy a la policía y les contaré todo lo que pasó.

—No, no puedes hacer eso. Ellos solo...

—¡No me importa! Si tu hermana sigue siendo una ... zombie, o lo que sea, la policía debe ocuparse de eso. ¡Ese es su trabajo, no el mío!

En ese momento, un coche se detiene en el área de descanso donde estaban junto a los escombros del coche aún en llamas. Un hombre salió corriendo y les preguntó si estaban bien. Linda fue hacia él y comenzó a explicarle todo.

Dan tomó una decisión rápida y salió corriendo, tan rápido como pudo con su tobillo lastimado. Se dirigía de regreso hacia el pueblo cuando un camión de bomberos pasó a toda velocidad, seguido de cerca por un coche de policía. Dan saltó a la zanja y se escondió hasta que ambos pasaron. Luego continuó adelante.

Aún no puede creer que logró recorrer el medio kilómetro de vuelta al pueblo, pero lo hizo. Tal vez fue el pensamiento de Jennie lo que lo mantuvo en marcha. Si ella salía de ese sótano, sería su culpa, ya que fue él quien olvidó cerrar la trampilla. En ese sótano sofocante, Dan había luchado por su propia vida. Ahora luchaba por el futuro del mundo.

Cojeó por el pueblo mientras amanecía un nuevo y caluroso día, y los pocos coches en las carreteras a esa hora no se dieron cuenta de él. Mientras avanzaba, consideró sus opciones. Sus padres estaban fuera de la ciudad, así que no podían ayudarlo. También era inútil contactar a la policía, ya que estaba seguro de que no podría convencerlos de lo que realmente estaba pasando. Además, Linda probablemente ya les había contado todo. Lo más probable es que ya estuvieran de camino a la casa donde todo había comenzado. Y donde Jennie podría estar esperándolos ...

Cuando Dan finalmente llegó a su casa, supo que tenía que ir él mismo. Así que tomó la scooter de Jennie, y...

Un sonido saca a Dan de sus pensamientos. Mira hacia un lado y ve un coche de policía acercándose rápidamente desde una carretera de grava adyacente.

Dan grita y aprieta el freno con fuerza, haciendo que la scooter se deslice de lado y casi lo arroje.

El coche de policía gira a un lado en el último segundo y evita golpearlo por poco. Pero el conductor no parece darse cuenta, porque el coche no desacelera; simplemente hace un giro brusco, los neumáticos chirriando contra el asfalto caliente, y luego acelera en la dirección hacia la ciudad de donde Dan acaba de venir. Menos de doscientos metros más adelante, frena de golpe, gira bruscamente de nuevo, y desaparece en el bosque.

Dios mío, piensa Dan, sintiendo su corazón en la garganta. Me pregunto si eso tuvo algo que ver con ...

No necesita terminar el pensamiento, porque ya sabe la respuesta. Tuvo un breve vistazo del conductor del coche (un joven en uniforme de policía) y el rostro pálido con los ojos muy abiertos le dijo a Dan todo lo que necesitaba saber sobre lo que el tipo había visto.

Mira a su alrededor y nota el buzón, al lado de la carretera de grava de donde vino el coche de policía. Número 214. La casa donde todo comenzó era la número 216. Esto es el vecino, entonces. Y eso significa que Jennie probablemente...

Dan ve a la chica corriendo por la carretera de grava. Por un terrible segundo, cree que es Jennie. La chica se parece un poco a su difunta hermana; tiene más o menos la misma edad, la misma altura y complexión. El cabello es un poco más corto y oscuro, pero eso no es evidente desde tan lejos, y lo único que impide que Dan gire el acelerador y salga disparado, es la forma como la chica se mueve. Es demasiado rápida y firme en sus piernas para ser un zombie. Y ahora ella levanta un brazo y le hace señas.

Dan se quita el casco.

La chica lo alcanza y desacelera, jadeando. —¿Viste ... a dónde fue?

—Por allí —dice Dan, señalando en la dirección sin quitar los ojos de la chica—. Entró en el bosque.

La chica coloca sus manos en las rodillas, respirando con dificultad, el sudor perlándose en su frente. Dan la escanea rápidamente en busca de signos de sangre o heridas, pero no ve nada.

—¿Qué pasó? pregunta.

—Necesito pedirte prestada tu scooter. No tengo tiempo para explicar, pero necesito seguir a ese tipo.

—¿Por qué? ¿Quién era él?

—Dije que no tengo tiempo —La chica agarra el volante de la scooter.

—¡No! —objeta Dan— No puedes llevártela. La necesito.

—¡Es muy importante! —dice la chica con seriedad— Nunca me creerías, pero el futuro del mundo podría depender de ello.

Dan la mira por un momento, mientras algo encaja en su mente. —Te creo —dice—. Los he visto.

Los ojos de la chica se agrandan. —Oh, no ... eso significa que ya ...?

—No, no creo que se hayan propagado mucho. Hasta donde yo sé, todo comenzó en la siguiente casa de la carretera. Solo uno de ellos escapó. Fue...

—¿Jennie Nygaard? —interrumpe la chica.

Escuchar el nombre de su hermana le forma un nudo en la garganta a Dan. Asiente.

—Ella vino a nuestra casa —dice la chica, hablando rápido—. Mató a una de las niñas, y el oficial le disparó, luego ... luego él fue mordido, y luego huyó. Por eso necesito encontrarlo. Creo que puedo hacerlo entrar en razón antes de que muera e infecte a alguien más.

—Entonces ... ¿Jennie está muerta? —pregunta Dan con voz ronca.

—Sí. El oficial es el último, al menos por lo que he visto. Por eso necesitas prestarme tu scooter.

Dan se pone el casco de nuevo. —Sube. Yo conduciré.

La chica lo mira sorprendida por un segundo. Luego, salta y lo agarra por la cintura. Dan gira la scooter y se va por la carretera.

—¿Jennie mordió a alguien más? —pregunta sobre su hombro.

—Sí, a otro oficial y a una niña pequeña. Ella ... —No parece querer terminar la frase.

—¿Están ambos muertos? —pregunta Dan.

—Sí.

—¿Cómo?

—Allan les disparó.

—¿Allan es el tipo al que perseguimos?

—Sí.

—¿Les disparó en la cabeza?

—Sí.

—¿Y a Jennie?

—Lo mismo.

Dan siente su estómago retorcerse al pensar en Jennie, en que realmente está muerta. Pero al mismo tiempo, extrañamente, también siente un gran alivio.

Disminuye la velocidad cuando llegan al lugar donde el coche de policía se desvió hacia el bosque. Hay una carretera estrecha, y al girar y entrar entre los árboles, el aire se vuelve un poco más fresco y agradable. La chica aprieta más fuerte a Dan. La sensación de sus brazos alrededor de él, combinada con el leve olor de su perfume, le da a Dan un breve aleteo de mariposas en el estómago. Es extraño cómo su cerebro es capaz de registrar algo así dada la situación. Dan siempre ha sido tímido con las chicas, y aunque tiene casi quince años, aún no ha besado a una chica.

—¿Sabes a dónde lleva este camino? —pregunta ella.

—No tengo idea —responde Dan—. No vivo por aquí, solo estaba haciendo una ruta de entrega de periódicos.

—Me acabo de mudar aquí, así que tampoco conozco la zona. Soy Selina, por cierto.

—Me llamo Dan.

La carretera hace un giro repentino a la izquierda y revela el coche de policía al lado del camino, su frente chocado contra un árbol. La primera impresión de Dan es que el conductor ha estacionado el auto de manera intencional en una forma extraña y torcida, pero luego nota el capó abollado del coche y el humo blanco que se eleva desde él.

—Lo ha chocado —dice Selina, saltando del scooter antes de que se detenga por completo—. Podría estar muerto.

Dan quiere decirle que tenga cuidado mientras se acerca al coche de policía, pero parece que no hace falta: Selina se acerca a él con precaución, lista para correr en cualquier momento. Dan mantiene su mano lista en el acelerador.

Selina mira por la puerta del conductor abierta y luego sacude la cabeza. —La bolsa de aire se ha inflado, y está manchada de sangre, pero él se ha ido.

Dan baja del scooter, lo coloca en el caballete y se quita el casco. Echa un vistazo alrededor pero no hay nadie a la vista.

—Apaga el motor por un momento —dice Selina.

Dan gira la llave, y el silencio desciende sobre el bosque. Un par de pájaros cantan despreocupadamente y una abeja zumbadora pasa cerca. Aparte de eso, nada.

—¿Crees que siguió por el camino? —pregunta Dan.

—Eso tendría más sentido, supongo —dice Selina, mirando alrededor—. No sé cómo rastrear a las personas, ¿tú? ¿Eres tal vez un Boy Scout o algo así?

Nah —dice Dan—. Pero creo que tiene que ver con buscar ramitas rotas y cosas así. Así es como lo hacen en las películas.

Selina se pasa una mano por el pelo. —Simplemente no entiendo por qué conduciría aquí en primer lugar. Pensé que iba al hospital.

—Tal vez no se da cuenta de lo que está haciendo. Si perdió mucha sangre, podría estar...

Un grito agudo interrumpe a Dan. Dura unos segundos y resuena en todo el bosque.

—Mierda —susurra Selina, con los ojos abiertos—. No creo que fue él.

Dan niega con la cabeza. —No. Creo que el grito es de una mujer.

OCHO

—¡Despierta, Dennis!

La voz de mamá, urgente, casi agitada, lo saca de un profundo sueño con un sacudón violento. Abre los ojos, luego los cierra de inmediato cuando mamá aparta bruscamente las cortinas, haciendo que entre la luz del sol.

—¿Qué... qué pasa, mamá? —Dennis pregunta con voz ronca, frotándose los ojos—

¿Lo has visto?

Dennis entrecierra los ojos mirando a mamá, que se yergue frente a su cama, una silueta borrosa contra la brillante luz del día.

Dennis está completamente desconcertado. Estaba profundamente dormido hace apenas un segundo. Pensó que aún era de noche, pero aparentemente es pasada del mediodía. Normalmente nunca duerme tanto.

Entonces recuerda con un suspiro lo que hizo anoche. Todo vuelve a él con un torrente de pánico. Para empeorar las cosas, mamá de alguna manera lo descubrió. Sabe que perdió el gris-gris y que tuvo que volver sigilosamente a casa de Esther para recuperarlo. Ella sabe todo sobre lo que...

—¿Lo has visto? —mamá pregunta de nuevo, interpretando claramente su reacción como respuesta a su pregunta— ¿Dónde está?

—Yo... lo tenía aquí... justo aquí... —Dennis murmura, sintiéndose inmensamente culpable mientras busca el gris-gris alrededor de la cama. Luego recuerda que lo lleva colgado al cuello, lo agarra y lo levanta para que mamá lo vea— ¡Aquí! ¡Está aquí mismo! ¿Ves? ¡No lo perdí!

Sus ojos se están acostumbrando a la luz ahora, y puede distinguir la expresión de mamá. Es de molesta confusión.

—No, no tu amuleto. ¡El puñal! ¿Lo has visto?

Dennis parpadea y mira a mamá durante varios segundos mientras se da cuenta de que ha entendido completamente mal la situación. Niega lentamente con la cabeza.

—No, no lo he visto. No desde... ya sabes.

—Maldición —mamá escupe, luego mira alrededor de la habitación—. ¿Estás seguro? ¿Podría estar aquí en alguna parte?

Antes de que Dennis tenga tiempo de responder, mamá comienza a rebuscar entre la ropa sucia y sus juguetes esparcidos por el suelo.

—¿Por qué estaría tu puñal aquí, mamá?

Ella no lo escucha. Ver a su mamá así, casi frenética, es aún más aterrador para Dennis que la idea de que descubra su aventura nocturna la noche anterior. Normalmente ella está tranquila y serena pase lo que pase.

—¿Perdiste tu puñal? —Dennis pregunta.

Mamá se detiene bruscamente, se endereza y mira al vacío. Por un terrible segundo, Dennis está seguro de que ha insultado a mamá con su pregunta y que está a punto de castigarlo.

Luego susurra: —Por supuesto. El coche. —Y sale corriendo de la habitación.

—¿Mamá? —Dennis la llama, pero ella no responde.

Se levanta y la sigue por la casa, sin preocuparse siquiera por vestirse. Ella sale de la casa por la puerta principal, dejándola abierta lo que hace que Dennis pueda mirar hacia el sol brillante.

Ve a mamá marchar hacia el coche estacionado en el patio. Abre todas las puertas y comienza a buscar en el coche como hacen los policías en los programas de televisión que Dennis mira de vez en cuando, cuando buscan armas o drogas. Mamá revisa entre los asientos, debajo de las alfombras e incluso en la guantera.

Dennis sale fuera de la casa, la grava está caliente bajo sus pies descalzos.

Finalmente, mamá se aleja del coche y cierra la puerta de un golpe. —No está aquí —murmura entre dientes, sus ojos están buscando distraídamente en la grava alrededor del coche—. He buscado por todas partes. No está aquí.

Dennis reúne valor para preguntar: —¿Perdiste el puñal, mamá?

Ella gira la cabeza bruscamente para mirarlo, y Dennis retrocede reflexivamente. Mamá parece un ave de presa y Dennis se siente como un ratón.

Luego, su expresión se suaviza un poco. —Lo perdí. Nunca debí ponerlo en el bolsillo de mi bata. Era lo suficientemente afilado como para cortar a través de la tela delgada. Debe haber caído en algún lugar —Ella mira hacia la casa—. He buscado por todas partes. No está aquí.

Dennis sabe que el puñal es muy preciado para mamá. Ella lo valora casi tanto como a sus amuletos y sus libros. Está hecho completamente de bronce y es muy caro. Pero esa no es la razón por la que mamá lo aprecia tanto. Fue un regalo que recibió de un hombre en un país lejano, el hombre que enseñó a mamá las cosas que ella puede hacer.

Aún así, la reacción de mamá al perder el puñal parece excesiva para Dennis. Era sólo un cuchillo, después de todo. No tenía ningún poder mágico.

Dennis aclara su garganta. —¿No podrías... no podrías simplemente... conseguir otro, mamá?

Ella suspira. —No entiendes, Dennis. Necesitamos encontrar ese puñal. Es muy, muy importante que lo hagamos.

—¿Por qué?

Mamá lo mira durante un largo momento, como si intentara responder a su pregunta sólo con su mirada. Dennis encoge los hombros para mostrarle que todavía no lo entiende.

Mamá dice en voz baja: —Porque es evidencia, Dennis. Y si la policía lo encuentra, sabrán que estuvimos allí.

La gravedad de la situación, se abre ante Dennis como el suelo abriéndose bajo él. —Oh, no — respira.

Mamá asiente. —Exactamente. Necesitamos encontrar ese puñal, Dennis. Lo que significa que necesitamos volver a casa de Esther.

Dennis niega con la cabeza sin darse cuenta siquiera. El simple pensamiento de volver allí, después de lo que sucedió anoche, es suficiente para que su vejiga ceda, y accidentalmente suelte algunas gotas en su ropa interior, antes de lograr recuperar el control y apretarla.

Afortunadamente, mamá no se da cuenta. Está mirando el coche, pensativa. —No podemos ir en coche hasta allá. Sería llamar demasiado la atención —Mira a Dennis, mordiéndose el labio —. Tienes que ir tú. Toma tu bicicleta y ve hasta allá. Tú...

—¿Qué? ¡No, mamá!

—Sí. Necesitas...

—¡Y yo no puedo! ¡No puedo volver allí, mamá! ¡Por favor, no me hagas! Por favor, no...

—Escúchame, Dennis. Estará bien. No necesitas entrar en la casa. Solo quiero que vayas y compruebes si todavía hay alguien allí. Si ves coches estacionados o cualquier otra cosa que sugiera que la casa no está vacía, simplemente vuelve a casa de inmediato. ¿De acuerdo?

NUEVE

Escuchan con atención por un momento, en caso de que haya otro grito. Pero no lo hay. El bosque vuelve a estar completamente en silencio.

—¿De qué dirección vino? —pregunta Dan.

—Por aquí, creo —Selina comienza a correr más adelante por el camino, haciendo señas para que Dan la siga—. Deja el scooter, no podemos escuchar nada con el motor encendido.

Dan deja el scooter bastante reacio. Su tobillo todavía está palpitando, pero una vez que comienza a caminar, se da cuenta, para su asombro, de que en realidad se siente un poco mejor. Quizás no está torcido después de todo; tal vez solo se torció un poco.

Sin embargo, necesita apurarse para alcanzar a Selina. De repente, ella se detiene frente a un camino de entrada, que Dan casi no notó. Una pequeña casa está medio oculta entre los árboles.

—Debe haber sido aquí de donde vino el grito —dice Selina, caminando hacia la casa sin pensarlo dos veces.

Por un momento, Dan queda sorprendido por lo determinada y valiente que es. De hecho, ella le recuerda a Thomas. Si él estuviera aquí, también habría sido el valiente, el que camina adelante cuando hay peligro.

«¿Está el mundo lleno de personas valientes? ¿O simplemente soy un cobarde?»

Quizás simplemente sea del tipo que deja que alguien más tome el mando, reflexiona. Y tal vez por eso Thomas está muerto y Dan todavía está vivo. Los valientes mueren, y los cobardes siguen viviendo.

Saca ese pensamiento de su cabeza y se apresura a alcanzar a Selina.

Hay un pequeño patio de grava frente a la casa. En el estacionamiento hay un auto blanco muy pequeño.

Dan está a punto de decir algo, cuando la puerta principal de la casa se abre de repente y una mujer sale sosteniendo un rifle de caza. —¿Quiénes son ustedes? —grita— ¿Qué hacen aquí? ¡Ya llamé a la policía! —Como para demostrar esta afirmación, les muestra un teléfono celular.

Dan levanta las manos estúpidamente. —Eh... no... nosotros no...

—No queremos causarte ningún daño —dice Selina—. Solo estamos buscando a un joven que podría haber estado aquí. ¿Lo has visto?

La mujer los mira, evaluando la situación. Tiene alrededor de la edad de jubilación y lleva una bandana en la cabeza. Dan no puede ver cabello alguno, y combinado con lo delgada que está la mujer, supone que podría haber pasado recientemente por quimioterapia.

—Es realmente importante que lo encontremos —continúa Selina—. Está herido y necesita ayuda.

La mujer parece decidir confiar en ellos, porque apunta el rifle hacia el suelo y se acerca un poco más. Echa un vistazo hacia el garaje y baja la voz. —Corrió hacia el taller, así que le cerré la puerta detrás de él.

Dan nota una pequeña choza adyacente al garaje. La puerta todavía está cerrada, y no hay ventanas.

¿Te lastimó? —pregunta Dan, escaneando discretamente los brazos desnudos de la mujer en busca de marcas de arañazos visibles.

Ella niega con la cabeza. Está lo suficientemente cerca ahora como para que Dan pueda oler menta en su aliento. —Simplemente pasó corriendo junto a mí, como si ni siquiera me viera. Apareció de la nada, pensé que iba a tener un ataque al corazón cuando lo vi, su nariz estaba toda ensangrentada y... y cojeaba. —Sacude la cabeza incrédula y los mira—. Dios mío, ¿qué le pasó? Parecía que llevaba un uniforme de policía, así que pensé que podría haber sido... no sé, atacado por algunos criminales... por eso le cerré la puerta detrás de él.

—Es un policía —explica Selina—. Pero no ha sido... eh... —Mira a Dan en busca de ayuda.

—Chocó su auto —dice Dan—. Pasamos por el lugar del accidente y lo seguimos hasta aquí.

—Sí, y si no lo ayudamos, se desangrará hasta morir —agrega Selina.

—Ya llamé a una ambulancia —la mujer les asegura, una vez más mostrando distraídamente el teléfono celular.

—No llegarán hasta aquí a tiempo —dice Selina—. Necesitamos llegar hasta él ahora mismo. ¿Dónde está la llave?

La mujer vacila, mirando de la choza a Selina. —No sé si es una buena idea... quiero decir, él parecía estar muy confundido... tal vez es mejor dejarlo estar hasta que llegue la ayuda.

—No, tenemos que ayudarlo —insiste Selina—. Por favor, danos la llave. Lo conozco. Se llama Allan. Nunca me lo perdonaré si no lo logra...

Dan está sorprendido por lo convincente que suena Selina.

La mujer aún parece dudosa. Su mano va a su bolsillo, pero luego se detiene. —Si tan solo Paul estuviera aquí... él sabría qué hacer...

Un fuerte golpe desde la choza hace que los tres salten al mismo tiempo. La mujer levanta el arma y retrocede.

—Ese fue él —dice Selina—. Necesita ayuda. Dame la llave... —Esta vez, no es una pregunta, y no espera una respuesta; en cambio, se acerca a la mujer y mete la mano en el bolsillo.

—¡No, espera! —dice la mujer, pero Selina ya sacó la llave y ahora se dirige hacia la choza.

—Probablemente sea mejor que vayas dentro de la casa —le dice Dan a la mujer.

Ella no parece escucharlo, todavía está mirando a Selina, quien desbloquea la puerta de la choza.

Dan da un paso más cerca, susurrando: —Ten cuidado, Selina. Está lista para apartarte.

Selina le envía una mirada rápida, asiente, luego abre la puerta. Deja escapar un suspiro, pero no se mueve, simplemente mira dentro de la choza.

—¿Qué pasa? —pregunta la mujer— ¿Está bien allí dentro?

Selina, no responde.

Dan se acerca a su lado, mirando nerviosamente hacia adentro. Piensa que está mentalmente preparado para lo que le espera, pero la vista aún lo sorprende.

Allan ya no está en la choza. Bueno, no todo él, de todos modos.

Dan traga con fuerza para contener la náusea, cuando el dulce y cálido hedor de la sangre lo envuelve. La choza está dispuesta como un pequeño taller, un banco y algunas herramientas. Aunque Dan apenas lo nota; está mirando hacia abajo. El suelo de cemento es más rojo que gris. Allan ha perdido lo que parece ser un galón de sangre. Mucho más de lo que podría haber sido causado por la mordida en su tobillo o la hemorragia nasal que había obtenido de la bolsa de aire del auto. En el medio del charco, Dan ve la explicación. La parte inferior de la pierna de Allan todavía lleva el zapato. La sierra está al lado de él.

—Oh, mierda —susurra Selina, poniendo las manos frente a su boca y nariz—. Lo serró...

—¿Dónde está él? —pregunta la mujer, uniéndose a ellos. Pero tan pronto como echa un vistazo a la sangre, retrocede, emitiendo un grito lo suficientemente fuerte como para sacar a Dan de su trance.

Ve el rastro de sangre que lleva desde el charco hasta el extremo opuesto de la choza. Una puerta trasera está completamente abierta.

—Se fue por ahí —dice, señalando.

—¿Crees que todavía está...? —Selina no necesita terminar la pregunta.

Dan mira hacia abajo la sangre una vez más, luego niega con la cabeza. —No sobrevives perdiendo tanta sangre. Y no te alejas como si nada después de cortarte tu propio...

Detrás de ellos, la mujer grita nuevamente. Dan se voltea para verla sentada en la grava, el arma junto a ella. Se agarra la cabeza, gritando y llorando.

Está en shock, piensa débilmente. Y no puede culparla. Si no hubiera estado endurecido por lo que había visto durante las últimas veinticuatro horas, probablemente se sentaría junto a ella y comenzaría a gritar él mismo.

—Pero tal vez murió de verdad —dice Selina—. Como, naturalmente, quiero decir. Tal vez la infección o lo que sea no alcanzó sus órganos vitales. Por eso lo hizo: intentó detenerlo —Ella mira a Dan con una mirada casi dolorosa de esperanza en sus ojos. Como si él fuera el que decidiera el destino del policía—. Quiero decir, ¿podría ser? ¿No podría haber salido de la choza mientras todavía estaba vivo, y ahora está muerto en algún lugar cercano? Eso también explicaría por qué no ha vuelto a atacarnos, ¿Verdad? ¿Verdad?

Dan niega lentamente con la cabeza. —No lo sé. Tal vez. Necesitamos encontrarlo para asegurarnos. Pero tenemos que ser muy cuidadosos, en caso de que no detuviera la infección a tiempo.

Un movimiento detrás de la pierna de Selina llama la atención de Dan, y casi grita de sorpresa. Luego se da cuenta de que solo es un gato, negro como la noche. Se acerca y se frota contra la pierna de Selina antes de deslizarse hacia la choza.

—No, Whiskers —exclama la mujer, cuando finalmente deja de gritar. Se pone de pie y se tambalea hacia la choza—. No vayas allí dentro. Vuelve aquí...

El gato ignora por completo su llamada y huele el charco de sangre con curiosidad, antes de lamerlo. Dan siente que la náusea regresa.

La mujer se abre paso entre ellos, entra en la choza y se inclina para recoger al gato. —No, Whiskers, deja de hacer eso.

Whiskers no está de humor para ser reprendido, así que lanza un bufido y golpea a la mujer con su pata delantera, lo que hace que ella lo suelte de inmediato. El gato cae sobre sus pies, corre junto a ellos y desaparece detrás de la casa.

La mujer retrocede fuera de la choza, mira su brazo donde las garras de Whiskers han dejado tres arañazos delgados, y comienza a sollozar incontrolablemente, hundiéndose en el suelo una vez más.

Selina mira a Dan. —¿Te quedarás con ella? No creo que deba estar sola. Iré a buscar a Allan.

A Dan no le gusta la idea de quedarse aquí, y aún menos la idea de que Selina camine sola por el bosque, buscando a una persona que podría haberse convertido en un zombi. Afortunadamente, en ese momento, escucha el sonido de las sirenas.

Esa es la ambulancia —dice Dan—. Ellos se encargarán de ella.

—De acuerdo, ven conmigo, entonces.

—Espera —dice Dan, señalando el arma—. ¿Sabes cómo usar eso?

—Nada en absoluto. Pero tal vez no lo necesitemos.

Dan vacila por un momento más. Su instinto le dice que podría necesitar el arma. No cree que la posibilidad de encontrar a Allan como un cadáver regular sea muy buena. Y realmente no le importa entrar en el bosque desarmado.

—¿Vienes? —pregunta Selina, caminando hacia los árboles.

Dan toma una decisión. Entra en la choza, teniendo cuidado de no pisar la sangre, y mira el estante de herramientas. Hay destornilladores, un martillo, una palanca, incluso un pequeño hacha.

Todo lo que necesitas para matar zombis, piensa Dan, suprimiendo la risa nerviosa.

Alcanza y toma el martillo. Luego sale.

Selina mira el martillo en su mano. —¿De verdad vas a usar eso?

—Si tengo que hacerlo —dice Dan, tratando de sonar más seguro de lo que se siente.

DIEZ

Por segunda vez en menos de catorce horas, Dennis se acerca a la casa que solía pertenecer a Esther.

Sus piernas tiemblan un poco mientras pedalea la bicicleta por el largo camino de grava. La casa aparece adelante, y Dennis escucha inmediatamente la voz de mamá: —Tan pronto como veas la casa, baja de tu bicicleta y camina el resto del camino. Así será más difícil de verte desde la casa, si alguien todavía está allí arriba.

Dennis se detiene y baja de la bicicleta. La lleva hacia un lado del camino y la deja en la hierba alta, tomando nota mental del lugar.

Luego continúa caminando por el camino de entrada. El patio va apareciendo cada vez más, y Dennis no puede ver ningún auto. Ni coches de policía ni coches normales. Lo cual es muy sorprendente para él; esperaba que el lugar estuviera lleno de policías, como una escena del crimen en la televisión.

«¿Quizás ya hicieron todas sus investigaciones y se fueron?»

El pensamiento trae un destello de esperanza.

Y a medida que se acerca más, se da cuenta de que los cuerpos también se han ido, todos ellos. Lo que le produce un alivio aún mayor. La idea de ver a la gente muerta a plena luz del día era bastante horrible.

Afortunadamente será librado de eso. La policía debe haber limpiado todo.

Incluso la casa parece vacía. Por supuesto, es difícil decirlo desde la distancia, pero todas las ventanas están cerradas y también la puerta principal.

El alivio en Dennis crece con cada paso.

Llega al patio y se detiene para mirar alrededor. Hay marcas y rastros en la grava donde estaban los cuerpos. También puede distinguir algunas manchas oscuras, que probablemente son

sangre seca. Le hace estremecerse a pesar del calor abrasador. Pero un poco de sangre no es nada comparado con lo que esperaba.

Recuerda la siguiente parte de las instrucciones de mamá: "...Si no hay coches estacionados en el patio, asegúrate de que no haya nadie en la casa. No entres, solo revisa las ventanas..."

Dennis va a mirar dentro de la despensa. Está vacía. Luego pasa a la cocina. También está vacía. Su valentía aumenta aún más. Luego da la vuelta en la esquina y mira hacia la sala de estar, pero justo cuando está a punto de hacerlo, algo llama su atención.

Dennis gira la cabeza y mira fijamente los tres coches de policía estacionados a lo largo de la línea de árboles, flanqueando el lado de la casa de Esther.

Se queda allí parado durante varios segundos, incapaz de moverse.

Entonces, cuando finalmente puede, gira la cabeza y mira hacia la sala de estar.

Varias personas están caminando por allí. Algunas con uniformes de policía, otras con trajes extraños. Están hablando entre ellos, y, milagrosamente, ninguno de ellos ha notado a Dennis, que está parado claramente a la vista.

Se arrodilla; su corazón siente como si estallara dentro de su pecho. Todo en lo que puede pensar es en salir de ahí, así que comienza a gatear frenéticamente hacia el patio. Justo cuando da la vuelta a la esquina y está a punto de levantarse y correr, la puerta principal se abre y salen dos hombres uniformados.

Dennis se arroja de nuevo detrás de la esquina de la casa. Contiene la respiración y escucha el sonido de su pulso en sus oídos, lo que dificulta escuchar, pero distingue a uno de los hombres diciendo: —... Lo tomaré del coche ... —Y los pasos vienen en esta dirección.

Dennis se congela por completo al darse cuenta de que el policía doblará la esquina en cualquier segundo.

No hay donde esconderse.

El policía lo verá.

Dennis se prepara mentalmente para el impacto de ver al policía salir frente a él, cuando se da cuenta de que está mirando directamente una ventana abierta. Está justo sobre el suelo y está oscuro dentro.

Antes de que tenga tiempo de pensar, Dennis trepa por la ventana.

ONCE

Detrás de la cabaña, hay un estrecho sendero que se adentra en el bosque, donde es rápidamente devorado por el verdor. Dan mira hacia abajo y ve un rastro de gotas de sangre en el suelo. — Parece que siguió el camino —murmura.

—¿Quieres que te guíe? —pregunta Selina.

—No —responde Dan rápidamente, sorprendiéndose a sí mismo mientras pasa junto a ella—. Yo lideraré. Soy el que tiene el arma.

«Quizás no soy un cobarde completo después de todo».

Selina le envía una débil sonrisa, y Dan siente una oleada de emoción y orgullo. Sin embargo, es un placer de corta duración y pronto es reemplazado por el miedo, mientras se adentran más en el bosque. Aprieta fuertemente el martillo, escucha atentamente cualquier sonido, mira a su alrededor en busca de cualquier movimiento. Parpadea para evitar que sus ojos se humedezcan. Los únicos sonidos provienen de los pájaros cantando y los únicos movimientos son las ramas balanceándose en la brisa del mediodía.

Dan sigue anticipando que un zombi de una pierna salte frente a ellos. El martillo comienza a parecer una idea tonta. Podría estar caminando con un ramo de flores. Nunca podría defenderse exitosamente de un zombi atacante a corta distancia; simplemente no funciona como en las películas. Para derribar a un zombi con un martillo, necesitarías varios golpes duros y precisos en la cabeza, y el zombi aún tendría mucho tiempo para atacarte con golpes, ya que no sería disuadido por el dolor o el miedo.

«¿Por qué no tomamos el rifle?»

Pero él sabe por qué. Mientras ninguno de ellos sepa cómo usar la maldita cosa, probablemente sería aún menos útil que el martillo; al menos usar el martillo no requiere habilidades particulares.

—Hay menos sangre cada vez —comenta Selina, sacando a Dan de sus pensamientos.

Él mira hacia abajo y ve que tiene razón. Solo unas pocas manchas de sangre dispersas son visibles en el suelo del bosque.

—Tal vez encontró alguna manera de cerrar la herida —sugiere Selina con un inconfundible tono de esperanza en su voz.

—Sí, tal vez —murmura Dan, sintiéndose aún más convencido de que el rastro de sangre no los llevará a nada vivo. Le parece más probable que la sangre decreciente sea una señal de que el cuerpo del cual proviene está simplemente vacío.

Lo único que aún le da esperanza es el hecho de que el rastro se aleja de ellos. Deben ser los humanos más cercanos a varios kilómetros a la redonda, y eso significa que son la presa más cercana para un zombi. Entonces, ¿por qué estaría alejándose de ellos, si realmente fuera un zombi?

Tal vez percibió el olor de algo mejor...

Parece que han estado caminando por una eternidad, pero probablemente no han pasado más de diez minutos, cuando el bosque de repente termina. Salen a una zanja y se encuentran nuevamente junto a la carretera, a unos pocos, cientos de metros de donde tomaron el camino del bosque.

Dan mira en ambas direcciones, y su corazón salta cuando ve al policía caminando por el borde de la carretera, a una buena distancia en la sombra de los árboles. Está de espaldas a ellos, dirigiéndose hacia el pueblo, y su paso es completamente torcido, ya que una pierna es notablemente más corta que la otra.

—Oh, mierda —jadea Selina—. ¡Ahí está!

Está a punto de correr tras el policía, pero Dan la agarra del brazo. —Espera. Ya no es... —No necesita terminar lo que está diciendo, porque en ese momento, el oficial se detiene y se da la vuelta en un movimiento torpe.

Incluso a esta distancia, y a pesar de sus ojos irritados, Dan puede distinguir la mirada blanca lechosa del zombi. La sangre ha estado brotando de la nariz rota, y ha dibujado lo que parece extrañamente como un babero en la parte delantera de la camisa.

«Por eso no pudo olerlos», piensa Dan vagamente. Su nariz está completamente destrozada.

Pero aunque la nariz pueda haber quedado fuera de juego, la boca parece funcionar perfectamente, ya que el zombi la abre de par en par, les gruñe y comienza a tambalearse hacia ellos.

—Es demasiado tarde —se oye decir a sí mismo Dan, mientras comienza a retroceder, arrastrando a Selina consigo. Sin embargo, ella no necesita mucha persuasión, aunque parece tener dificultades para apartar la vista del policía muerto.

Finalmente logra mirar brevemente a Dan, ahora con el rostro pálido. —Necesitamos... ¿cómo lo hacemos?

Dan levanta el martillo vacilante, sintiéndose todo menos ansioso por usarlo en el zombi. —No sé si puedo hacerlo.

—Pero tenemos que hacerlo —ruega Selina, mirando de Dan al zombi que aún se acerca—. No podemos simplemente dejarlo ir... ¡oye, mira! —Señala.

Dan mira más allá del zombi y ve el coche que se acerca. Es un BMW negro y va mucho más allá del límite de velocidad, el rugido del motor aumenta rápidamente.

El zombi parece percibir la comida potencial que se acerca rápidamente, porque se da la vuelta y se tambalea hacia la carretera, directo hacia el coche. En su entusiasmo, resbala con la pierna amputada y cae de rodillas.

Lo que sucede después, ocurre en cuestión de segundos, sin embargo, Dan capta cada detalle.

El zombi de policía lucha por levantarse. El BMW está demasiado cerca para evitarlo, y aunque el conductor intenta frenar, el coche pasa directamente sobre el zombi. El cuerpo es arrojado violentamente debajo del coche como un calcetín mojado en una secadora, con brazos y piernas agitándose sin control antes de salir por detrás del coche, dando vueltas en serie y finalmente quedando inmóvil al costado de la carretera.

El coche, que ha dejado una larga marca de caucho negro en el asfalto, se detiene no muy lejos de donde están parados Dan y Selina. El motor todavía está encendido. A través del humo de los neumáticos quemados, Dan puede distinguir el rostro atónito de un joven que aún se aferra al volante.

Dan se siente abrumado por una sensación de alegría exaltada. —¡Está muerto! Lo aplastó por completo...

El zombi yace muerto, quieto donde aterrizó.

El conductor sale del coche.

Selina suelta un suspiro. —¿Jonas?

El joven no parece escucharla. Camina hacia atrás, hacia el zombi.

—¡No, espera! —dice Dan— ¡No te acerques demasiado!

—¡Jonas! —grita Selina, corriendo tras él— ¡Eh, Jonas!

Jonas aún no escucha. Debe ser por el shock. O tal vez el rugido del motor del BMW ahoga la voz de Selina. Se acerca al zombi y se arrodilla.

Está bien, se dice Dan a sí mismo, corriendo tras Selina lo mejor que puede con su tobillo dolorido. Está muerto. Tiene que estarlo. No puede lastimarlo.

Pero sus pensamientos son refutados en el siguiente segundo, cuando el zombi levanta la cabeza, incluso desde tan lejos, Dan puede ver cómo el cuello está torcido de una manera completamente antinatural, y agarra a Jonas alrededor de la pierna con una mano ensangrentada.

Jonas, que lleva pantalones cortos, suelta un grito de sorpresa y trata de retroceder, arrastrando al zombi consigo. La mayor parte del cuerpo roto parece estar fuera de función ya que los huesos están aplastados. El brazo libre y ambas piernas parecen bandas elásticas flojas, mientras Jonas mueve su pierna una y otra vez para sacudirse al zombi. Pero el brazo que sujeta a Jonas todavía está funcionando bien, y el zombi no tiene la intención de rendirse sin luchar.

Jonas tropieza y cae sobre su trasero, dando patadas salvajemente al zombi. —¡Suéltame, maldición!

Selina viene al rescate y comienza a darle patadas al zombi en las costillas. Sin embargo, no parece tener ni el más mínimo efecto, ya que el zombi sigue tirando de la pierna de Jonas en su desesperado intento de alcanzarla con su boca.

—¿Qué demonios estás haciendo, amigo?! ¡Detente! ¡Suéltame!

Finalmente, una de sus patadas conecta, golpeando al zombi directamente entre los ojos. Su cabeza es lanzada hacia atrás, produciendo un sonido crujiente lo suficientemente alto como para que Dan lo escuche sobre el rugido del motor.

Un par de espasmos incontrolados recorren el cuerpo del zombi, mientras los últimos circuitos en la médula espinal ya dañada se cortan. Luego yace inerte, mientras Allan muere por segunda vez en su vida.

DOCE

Él entra en un oscuro hueco de escalera, se agacha en los escalones y se vuelve para mirar hacia afuera por la ventana. A medio segundo, unas piernas enfundadas en pantalones y botas negras pasan caminando, causando que Dennis dé un salto. Estira el cuello y observa al policía, que se dirige al coche más cercano, abre la puerta, mete la mano dentro y saca una carpeta. Luego cierra la puerta y camina de regreso junto a la ventana—Dennis se retrae, aunque el policía no lo está mirando, sino que está concentrado en la carpeta que tiene en la mano.

Tan pronto como el policía desaparece de la vista, Dennis suelta un largo y tembloroso suspiro que ni siquiera se había dado cuenta que estaba conteniendo. Gotas de sudor le pinchan la espalda y la frente, y su cuerpo entero tiembla.

Mira hacia arriba de las escaleras, y ve el rectángulo oscuro de la puerta con luz filtrándose por las grietas. Puede escuchar voces que vienen de arriba. Debe ser la sala de estar.

Dennis mira hacia abajo y ve otra puerta, la cual está abierta. Conduce al sótano. No puede escuchar nada desde allí abajo, así que Dennis comienza a bajar cuidadosamente los polvorientos escalones.

Llega a una habitación, iluminada sólo por una bombilla desnuda. Está llena de cosas antiguas y muebles. En dos lados hay ventanas altas que dan al jardín trasero, pero son demasiado estrechas para que Dennis pueda pasar a través de ellas, puede decirlo con solo mirarlas.

En cambio, observa la habitación en busca de otra puerta. No hay ninguna. Pero hay un agujero en la pared que, según los pedazos aún en el suelo, fue hecho recientemente.

Dennis maniobra a través de las cosas y se dirige hacia el agujero. Y tan pronto como mira hacia la habitación adyacente, la reconoce y retrocede instintivamente.

Es donde todo sucedió.

Dennis siente su corazón latir en su garganta, que ya está seca por el cálido y polvoriento aire del sótano.

La habitación junto a él está oscura, pero Dennis sabe lo que hay allí; no necesita la luz para recordarlo.

Y aunque no quiere, no puede evitar mirar allí dentro. Tiene que hacerlo.

Y lo ve.

Tirado justo allí, debajo de la escalera que lleva al tragaluz en el techo.

El puñal de mamá. El mango brillando naranja. La hoja pegajosa con sangre seca. Debe haber caído la última vez que mamá subió la escalera.

Dennis necesita entrar allí y cogerlo.

Pero no puede. Su cuerpo no lo hará.

—Vamos —se dice a sí mismo—. ¡Ve a buscarlo! ¡Tienes que hacerlo!

Finalmente, logra obligar a sus brazos y piernas a moverse. Se agacha y entra en la habitación, deslizándose por el suelo, inclinándose y recogiendo el cuchillo. Está muy frío y es muy pesado.

Entonces hay un sonido, y la luz desciende desde arriba. Dennis mira hacia arriba para ver cómo se abre el tragaluz en el techo.

—Bien, John, ven conmigo, por favor —dice una voz mientras un hombre entra en escena. Está mirando y señalando a alguien más allá arriba—. Prepararemos las cosas para la investigación forense.

Dennis se da la vuelta y corre de regreso al agujero en la pared, saltando a través de él y casi derribando una silla vieja. Busca frenéticamente un lugar donde esconderse justo cuando unas piernas aparecen desde el tragaluz abierto detrás de él y comienzan a descender la escalera.

Hay un armario alto debajo de una de las ventanas, pero Dennis sabe por jugar al escondite que un armario es un lugar de esconderse demasiado obvio. En cambio, su mirada cae sobre un cofre grande y pesado, aplastado en una esquina. Rápidamente se acerca allí y abre la tapa. El cofre está vacío excepto por el polvo.

—Ustedes, vayan a la siguiente habitación —dice la voz—. Revísenla de nuevo, asegúrense de que no hayamos pasado por alto algo importante.

Dennis se mete en el cofre, sus piernas están temblando tanto que casi no puede hacer que obedezcan su voluntad. Está a punto de agacharse cuando nota la llave sobresaliendo de la cerradura. La mueve, la saca y la guarda en el bolsillo. Luego se sienta y baja la tapa.

Una vez que se cierra, una oscuridad completa lo envuelve. Dennis puede sentir cómo lo presiona desde todos los ángulos, como alquitrán negro. Se concentra en respirar por la boca y no

hacer ningún ruido mientras escucha.

En lo que parece un par de minutos, la policía comienza a buscar en la habitación de afuera. Dennis puede oírlos revolver cosas mientras hablan entre ellos en voz baja.

—Cosas bastante desagradables, ¿eh?

—Definitivamente lo peor que he visto. Como sacado de una película.

—La prensa se va a volcar sobre esto. ¿Sabes que ya se enteraron? Llamaron al jefe esta mañana, rogándole una entrevista...

La conversación continúa, pero Dennis no registra las palabras. Escucha en cambio los sonidos que le indican exactamente dónde están los hombres. Puede decir que se están acercando. Su corazón ya está latiendo con fuerza en su pecho, pero ahora se le sube a la garganta.

Se da cuenta con un sentimiento profundo que podrían abrir el cofre para revisarlo por dentro, y lo encontrarán de inmediato, agarrando el puñal ensangrentado.

Levanta una mano y siente el interior de la cerradura. Hay una pequeña placa de metal pero ningún agujero. Por supuesto, el cofre no puede cerrarse desde adentro...¿Por qué lo haría?

En cambio, Dennis agarra la placa de metal y la baja, sosteniendo firmemente la tapa. Luego espera y escucha.

Repentinamente, tan rápido que Dennis salta, hay un tirón en la tapa. Dennis la sostiene con todas sus fuerzas. La tapa se levanta un par de milímetros, pero eso es todo.

—Huh —dice una voz justo al otro lado—. ¿Estaba esto cerrado antes?

—Nah, debería estar abierto.

Otro tirón en la tapa, más fuerte esta vez. Dennis se aferra con todas sus fuerzas.

—Curioso, no puedo abrirlo.

—Probablemente sean las bisagras oxidadas. De todas formas, no hay nada adentro.

—¿Estás seguro?

—Uh-huh. Solo polvo.

Dennis puede escuchar al hombre estar junto al cofre por otro momento. Luego se aleja y comienza a revisar otras cosas.

Dennis exhala un largo suspiro tembloroso. Pero no suelta la placa; continúa sosteniéndola firmemente, mientras los hombres buscan en el resto de la habitación.

TRECE

Jonas se levanta de inmediato y retrocede, de lo que solía ser un joven oficial de policía no muchas horas atrás, pero que ahora solo guarda un ligero parecido a un humano.

Todo pasó tan rápido que Selina casi no tuvo tiempo de asimilarlo todo. Actuó por puro instinto cuando comenzó a golpear a Allan, y no es hasta ahora, cuando el peligro inmediato ha pasado, que se da cuenta de lo fácil que podría haber sido mordida. Si Allan hubiera soltado a Jonas y se hubiera girado, es posible que no hubiera podido reaccionar lo suficientemente rápido como para apartarse.

Pero no sucedió así. El zombi no soltó a Jonas, y ahora ella está mirando los arañazos sangrientos en su tobillo.

—¿Qué demonios, hombre? —jadea Jonas, mirando del oficial muerto a Selina— Quiero decir, ¿qué demonios? ¡¿Qué acaba de pasar?! —Levanta las manos hasta la mitad de su cabeza, como si no supiera dónde ponerlas— ¡Joder, que me ha atacado...! ¡Lo viste, me atacó! No quise... no intentaba herirlo, solo... tuve que... ¡Santo cielo! ¡¿Qué demonios...?!

—Está bien —dice Selina, tratando de calmarlo con voz tranquila—. No lo lastimaste, te lo prometo. Él ya estaba... —Por alguna razón, no puede decir esa última palabra.

Jonas la mira, con los ojos desorbitados. —¿Ya estaba qué? ¿Qué demonios le pasó, Selina? Sus ojos, hombre, te lo digo... estaban todos jodidos... ¡¿Y dónde está su maldito pie?! —La voz de Jonas va aumentando en tono. Es claro para Selina que está a punto de tener un ataque de pánico, o tal vez incluso desmayarse.

Ella quiere decirle que todo estará bien, pero de repente no puede hablar. Tal vez porque sabe que sería una mentira. Jonas no estará bien. Para nada.

Dan se acerca. Selina nota que todavía sostiene el martillo.

Como si alguna vez fuera a usarlo, piensa, sintiendo una ira violenta hacia Dan, como si fuera toda su culpa. «Qué gran héroe. Se mantiene alejado del peligro hasta que todo ha terminado».

—¿Conseguiste...? —pregunta Dan, pero se calla cuando sus ojos caen sobre la pierna de Jonas.

Jonas no escucha la pregunta. Ni siquiera parece registrar la presencia de Dan. Se agarra el cabello y repite una y otra vez: —¿Qué demonios... qué demonios...?

—Oh, no —suspira Dan, frotándose la frente— ¿Y ahora qué?

Selina solo encoge los hombros. No puede asimilar más. No puede lidiar con más decisiones. Apenas puede pensar. Allan está muerto, pero logró arañar a Jonas antes de irse. Ahora todo comienza de nuevo. Otra persona inocente morirá. Y esta vez, es alguien a quien ha conocido durante más de unas pocas horas. Alguien a quien besaba anoche.

¿Qué está haciendo incluso aquí afuera? ¿No podría haberse quedado simplemente en casa?

Selina siente ganas de llorar y gritar al mismo tiempo. Es todo lo que puede hacer para mantenerse firme.

El sonido de otro motor de coche la hace girar y mirar hacia abajo en la carretera. Un coche de policía se acerca muy rápido, sin luces ni sirenas.

—Mierda —dice Dan detrás de ella—. Tenemos que irnos de aquí, Selina.

Va a agarrarla del brazo, pero ella se suelta. —Suéltame —le dice firmemente.

—Pero... tenemos que escondernos —dice él—. Si nos arrestan, entonces nadie podrá... —Echa un vistazo a Jonas, que se ha sentado en medio de la carretera, todavía murmurando palabras a sí mismo.

—¿Podrán qué? —gruñe Selina— ¿Matar a Jonas?

Dan traga saliva. —Solo quiero decir que somos los únicos que entendemos lo grave de la situación.

El auto de policía se acerca, y ahora enciende las sirenas.

Selina niega con la cabeza, sintiéndose de repente muy firme. —Ya no voy a correr por ahí jugando a ser soldados. Voy a decirles todo. Necesitan encargarse de esto.

—¡No te creerán! —suplica Dan. No hasta que sea demasiado tarde.

—No sabes eso. Allan era un policía y lo entendió.

—No, no...

Selina se aparta de él para saludar a la policía.

Dan corre hacia el bosque.

El coche de policía se detiene y un oficial salta. —¡Alto, policía! —grita y corre tras Dan.

Selina mira al otro oficial, una mujer, que sale y se acerca a ella. No está con la mano en su pistola, como ha visto Selina tantas veces en las películas americanas, pero aún así, parece muy vigilante mientras se acerca lentamente y escanea la escena con sus ojos.

—¿Qué pasó aquí? —pregunta, deteniendo su mirada en Selina— ¿Tuvieron un accidente ustedes dos?

—Supongo que podrías decir eso —murmura Selina y señala a Allan.

La oficial aún no ha visto a Allan, ya que ha sido bloqueado de su vista por el coche de Jonas. Pero ahora, al verlo, corre hacia él y está a punto de agacharse, luego aparentemente cambia de opinión. —Oh, Dios... —Señala a Jonas y a Selina—. Los dos, ¡quédense donde están!

Selina asiente. Jonas no parece escuchar el mandato, pero obviamente no se va a ningún lado.

La oficial saca una radio de su cinturón y dice con la voz ligeramente temblorosa: —Encontré el resto de Allan.

El otro oficial sale del bosque, arrastrando a Dan consigo. Dan no hace ningún intento de escapar, solo mira resignadamente a Selina. Dan tiene una ramita en su cabello.

Una ambulancia llega, y los paramédicos revisan a Allan, y rápidamente lo declaran muerto antes de cubrirlo con una manta. Luego hablan con Selina y Dan, revisándolos en busca de lesiones físicas. Intercambian palabras con el oficial masculino, quien luego lleva a Selina y Dan al coche de policía, y los pone en el asiento trasero.

A través de la ventana, Selina ve a los paramédicos atender a Jonas, quien todavía está sentado en el asfalto.

La oficial se mete en el coche y mira hacia atrás, a través de la rejilla de metal. —Los llevaré a ustedes dos a la comisaría, donde les harán más preguntas sobre lo que sucedió aquí.

Su voz es tranquila ahora, y Selina nota que evita la palabra "arrestados". Selina realmente no está segura de si puedes ser arrestada, cuando solo tienes dieciséis años.

—¿Y Jonas? pregunta.

La oficial la mira. —Los paramédicos lo están examinando más de cerca. Parece que se llevó un buen susto.

Nuevamente hay una palabra que la oficial evita hábilmente: "shock". La oficial da la vuelta al coche, y Selina mira hacia afuera el rostro de Jonas mientras pasan. Él está mirando a los paramédicos, con los ojos aturridos.

«¿Qué estaba haciendo él, incluso aquí? Él vive en el pueblo». Lo único que se le ocurre es que podría haber venido a visitarla. Extrañamente, ese pensamiento casi la hace llorar, y piensa en el estúpido beso de buenas noches que se dieron en el coche anoche.

—No pasarán más de un par de horas —susurra Dan.

Selina lo fulmina con la mirada. —¿Antes de qué?

—Antes de que muera, por supuesto. Necesitamos explicarles lo peligroso que es.

Selina siente la ira contraerse en su pecho. —No empieces de nuevo.

La oficial los escucha y gira la cabeza. —Por favor, no se hablen entre ustedes.

Selina está más que feliz de obedecer. Observa los campos deslizarse a su lado. Allá afuera todo es normal. El trigo es verde y exuberante, las golondrinas vuelan juguetonamente. No hay zombies a la vista, no hay Jonas muriendo. Todo eso de repente parece un sueño lejano.

Dan le da un toque en el muslo.

Selina le dirige una mirada ardiente, que aparentemente él no captó, porque le entrega su teléfono. Ella lo toma a regañadientes y lee el mensaje que ha escrito:

«Prométeme que les dirás lo que va a pasar con él. Necesitamos convencerlos. O todo habrá sido en vano. El futuro del mundo está en juego».

Selina ya sabe todo eso. Pero por alguna extraña razón, no quiere escucharlo más, no quiere la responsabilidad. Simplemente le devuelve el teléfono a Dan y mira hacia otro lado una vez más, sintiendo cómo él la mira en silencioso asombro y desesperación, pero a ella no le importa, sólo quiere mirar el paisaje mientras son conducidos a la estación.

Entonces él la toca de nuevo, ofreciéndole el teléfono nuevamente. Ella niega con la cabeza, pero él sigue intentando dárselo. Ella cruza los brazos. Él sostiene el teléfono frente a su cara para que no pueda evitar leer el nuevo mensaje. Es muy corto.

«Por favor ... Jennie era mi hermana».

Las palabras le golpean como un puñetazo en el estómago. Finalmente mira a Dan y se da cuenta de que tiene lágrimas en los ojos. Y cuando ve lo cansado y asustado que parece, se siente terrible por cómo le ha hablado. Por supuesto, sabía que él había pasado por algunas cosas antes de que se encontraran, pero no tenía idea de que había perdido una hermana. Tal vez incluso la vio morir.

Selina borra su mensaje y escribe uno nuevo.

«¿Cómo pasó?»

Dan vuelve a tomar el teléfono y escribe durante varios minutos. Cuando se lo entrega una vez más, ella lee un breve resumen de las últimas veinticuatro horas de su vida, y ciertamente no han sido aburridas.

Selina siente que el coche reduce la velocidad. Levanta la vista y ve que han llegado al pueblo. La comisaría está a solo unas cuadras de distancia. Ella escribe una respuesta breve.

«Lo siento por tu hermana. Les hablaré de Jonas. Aquí está mi número. Llárame después».
Dan guarda el teléfono justo cuando se detienen frente a la comisaría.

CATORCE

No es en absoluto lo que ella esperaba. Nada de ello. La comisaría, los oficiales, las preguntas. Todo es muy diferente a lo que ha visto en las películas. No hay cigarrillos ni tazas de café tibio ni miradas sospechosas. No hay habitaciones abarrotadas con espejos unidireccionales o luces de techo brillantes y agotadoras. Los oficiales actúan como personas normales y amigables. Creen lo que ella dice. Incluso hay una psicóloga que le sonríe y la escucha hablar.

Todo pasa frente a Selina como en una especie de neblina extraña. Siente como si realmente no participará en ello.

Le ofrecen algo de comer cuando dice que no ha comido absolutamente nada desde la noche anterior. Aparece un sándwich y una Coca-Cola frente a ella. Ella lucha por tragar unos bocados, principalmente para complacer a los oficiales.

Les cuenta todo, pero nunca menciona la palabra "zombis". Si lo hace, sabe que nunca la tomarán en serio. Sin embargo, se asegura de enfatizar varias veces el hecho de que Jonas está incurablemente contaminado con algún virus extraño que obtuvo de Allan. Incluso mientras las palabras salen de su boca, puede escuchar lo loco que suena, y cuanto más insiste, menos creíble se vuelve.

Entonces su papá aparece allí de repente, y la vista de él la hace estallar en lágrimas. La situación le recuerda aquel momento en primer grado donde se cayó y se rompió la muñeca, y su papá vino a recogerla al hospital. Él no estaba enojado con ella en ese entonces, y tampoco lo está ahora, sólo preocupado, y eso la hace llorar aún más.

—Ve a casa con tu papá y descansa —dice uno de los oficiales—. Te llamaremos si necesitamos preguntarte algo más. Y si sientes la necesidad de hablar con alguien, tienes el número de la psicóloga.

Selina asiente y se seca los ojos, sintiéndose como una niña pequeña. Papá pone un brazo alrededor de sus hombros y la lleva hacia la puerta.

—Espera —dice Selina y se voltea—. ¿Qué pasará con Jonas?

El oficial sonríe para calmarla. —No te preocupes por él.

—Pero ... ¿Qué le va a pasar?

—No podemos decirlo con certeza hasta después de la audiencia preliminar. Sospecho que podría recibir una multa por exceso de velocidad, y podría enfrentar cargos por homicidio culposo, pero...

—Eso no es lo que quiero decir —dice Selina— ¿Será ... curado?

El oficial se acerca a Selina y baja la voz. —Hablamos de esto, Selina. Jonas está bien. No hay nada de qué preocuparse con él.

—No, pero lo habrá. Está infectado. Si no hacen nada ...

—Jonas está recibiendo la atención médica que necesita. El centro de detención tiene un médico que lo atiende.

—¿El médico toma muestras de sangre y cosas así? ¿Para detectar el virus en su sangre?

El oficial sonríe nuevamente. —Estoy seguro de que el médico sabe lo que está haciendo. No pienses más en Jonas. Probablemente puedas ir a visitarlo mañana si quieres.

—Me gustaría visitarlo ahora. ¿Puedo?

Los ojos del oficial parpadean.

—Selina —dice Papá.

—Él es mi amigo —dice Selina—. Solo quiero ver cómo está.

—Tal vez esta noche —dice el oficial, volviendo a sonreír—. Voy a investigarlo y te avisaré. ¿Está bien?

Selina mira al oficial, y en su cabeza, de repente escucha la voz de Dan: «¡No te creerán! No hasta que sea demasiado tarde ...»

—Está bien —murmura Selina.

—Vamos, cariño —dice su padre, y salen juntos del edificio.

QUINCE

Selina está recostada en su cama a punto de quedarse dormida cuando el teléfono vibra repentinamente a su lado.

Cuando ella y su papá regresaron a casa antes, Ulla estaba allí para recibirlos con abrazos que demostraban su preocupación. Los cuerpos sin vida de Jennie Nygaard, Josefine y el policía ya habían sido retirados, y la terraza había sido lavada, no quedaba rastro de sangre. Ulla les contó cómo la policía había tomado fotos y muestras de todo antes de limpiar.

Selina subió directamente a su habitación. Nunca se había sentido tan exhausta. Y sin embargo, no podía dormir. Sus pensamientos seguían tornándose en Jonas.

Ahora se sienta de golpe, buscando el teléfono que está sonando, y casi lo deja caer. Es un número que no reconoce. Ella contesta.

—¿Hola?

—¿Selina Peterson?

—¿Sí?

—Este es David Mortensen de la policía, hablamos antes hoy.

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Es bueno escuchar eso. Prometí contactarte con respecto a Jonas Westholm, y... —Una breve vacilación— Desafortunadamente, parece que ha empeorado. Lo han trasladado al hospital.

Selina siente un escalofrío frío por su espalda y cierra los ojos.

—La buena noticia es que no tenía rastros de alcohol en su sangre, así que ya no está detenido, y estoy seguro de que podrías ir a visitarlo si aún...

—¿Dónde está?

A continuación sigue una breve pausa. —Cuarto ocho, cuarto piso. Según entendí, su madre está con él, así que por supuesto debes consultarle si Jonas está bien con tener una visita.

—Entiendo. Gracias.

El policía nuevamente la anima a hablar con el psicólogo, pero Selina sólo está escuchando a medias. Sólo dice "sí" y termina la conversación lo más rápido posible.

Entonces, corre escaleras abajo. En la sala de estar, Louisa está viendo una caricatura. Ulla está en la cocina cocinando la cena, mientras le da una sonrisa a Selina. —Entonces, ¿descansaste un poco?

—Más o menos —murmura Selina— ¿Dónde está papá?

—En el patio trasero, creo. ¿Podrías decirle que la cena estará lista en cinco minutos?

Selina se pone los zapatos y sale de la casa. Aunque son casi las siete de la noche, el aire sigue siendo caliente. Se supone que la ola de calor durará al menos dos semanas más, si uno cree en los expertos en clima.

Encuentra a su papá en la terraza, donde está ocupado frotando una de las sillas con una esponja. Está trabajando frenéticamente, su camiseta está toda húmeda.

—Papá.

Él levanta la vista sorprendido, parpadeando. —Oh, hola, cariño. Acabo de notar algo... bueno, sangre. —Estruja la esponja en un cubo de agua jabonosa— ¿Cómo te sientes?

—Bien —dice Selina, como repitiéndose así misma—. Ese oficial acaba de llamar para decirme que Jonas ha sido hospitalizado.

Papá se seca el sudor de la frente. —¿En serio?

—Sí, ha empeorado. «Exactamente como te dije que lo haría, agrega en su mente».

Papá estira la espalda. —Mira, cariño, sé lo que estás pensando. Pero por favor, no creas todo lo que has visto en las películas. Esto no es así. Los médicos se encargarán de lo que sea que esté mal con Jonas, y estoy seguro de que estará bien.

—Aún así me gustaría ir a verlo.

—Claro. Te llevaré allí, será lo primero mañana por la mañana.

—Me gustaría ir ahora.

—¿Ahora mismo? Creo que la cena está casi lista.

—No tengo hambre.

—Bueno, yo sí.

Selina cruza los brazos.

Papá suspira. —Vamos, Selina. Tienes que comer algo —Suelta la esponja en el cubo y se seca las manos en su pantalón corto—. Además, probablemente las horas de visita en el hospital ya terminaron por hoy. Iremos mañana justo después del desayuno, ¿de acuerdo? —Pone una mano en su hombro.

Selina lo mira y piensa: «Mañana será demasiado tarde». Se fuerza a sonreír y dice: —Está bien, papá. Ulla dijo que te diga que la cena estará lista en cinco minutos.

—Gracias, cariño. Voy para allá enseguida.

Selina vuelve por la casa, sus pasos firmes y su mente decidida. Sabe lo que debe hacer. Encuentra su teléfono y busca un número en línea. En lugar de ir a la puerta principal, echa una rápida mirada hacia atrás para asegurarse de que Ulla no pueda verla desde la ventana de la cocina, luego camina a través del patio, poniendo el teléfono en su oído.

—Has llamado a Top-Taxi, y estamos felices de ayudar —dice una voz femenina.

—Hola —dice Selina, mientras sale del camino de entrada—. Necesito un taxi lo antes posible

...

DIESCISÉIS

Justo cuando se sube al taxi, recibe un mensaje de texto de Dan.

«Sigo con la policía. No puedo ir a casa hasta que vuelvan mis padres. Por supuesto que no me creen sobre los zombis. ¿Y tú?»

Selina responde: «Pude ir a casa hace unas horas».

La respuesta llega casi de inmediato: «¿Y Jonas? ¿Has sabido de él? Solo me dicen que está bien».

«Voy de camino a la ciudad para verlo ahora. Está en el hospital».

Pasan unos minutos antes de que Dan responda esta vez. Selina imagina cómo está considerando su respuesta. Probablemente está pensando en escribir algo como: Te lo dije, o: Sabes lo que tienes que hacer, o lo peor de todo, lo que Selina realmente no quiere escuchar: Necesitas matarlo.

Pero al parecer Dan decide que ninguno de esos es necesario, porque cuando finalmente llega el mensaje, es muy corto: «Ten cuidado».

El taxi llega al hospital dos minutos después. Selina paga al conductor y se baja. Mira el edificio alto de cristal, el sol de la tarde reflejándose en las ventanas. Toma una profunda respiración y camina hacia la entrada. Las puertas de cristal automáticas la dejan entrar en el vestíbulo con aire acondicionado. Y mientras camina hacia los ascensores, se da cuenta de que no tiene idea de cuál es su plan, aparte de encontrar a Jonas, por supuesto. Pero después de eso, bueno, simplemente no pensó en eso hasta ahora.

Si realmente está infectado, entonces morirá y volverá, tal como hicieron Soren, Allan y Josefina, y no habrá otra opción que matarlo de nuevo. El sólo pensamiento la pone nauseabunda y la hace querer dar la vuelta.

¿Y por qué no? Ella no pidió nada de esto. Sólo quiere volver a la vida de ser una adolescente cuyo mayor problema es que su mejor amiga la vio besando a un chico anoche y seguramente se burlará de ella por eso. De hecho, Krista ya le envió varios mensajes, pero Selina no ha respondido. ¡Y se van a Praga el lunes por la mañana! Toda la clase, como un viaje de escuela de verano. Casi lo había olvidado por completo. Necesita ir a casa y empacar. Y podría hacerlo. Simplemente fingir que todo esto ha terminado e ir a Praga con sus amigos.

Pero si hace eso, podría tener el fin del mundo en su conciencia, aunque apenas puede comprender ese pensamiento. Una cosa así simplemente no sucede en la vida real. El destino de la tierra no puede descansar sobre los hombros de una sola persona.

Pero la realidad es que ella y Dan en este momento son las únicas dos personas que saben lo que probablemente le sucederá a Jonas, y dado que Dan sigue detenido en la estación de policía, ella es la única con el poder de hacer algo al respecto.

Una anciana con un ramo de flores está esperando junto al ascensor más cercano. Cuando se abre, entra y ve a Selina. —¿Vas a subir también? —pregunta, sonriendo.

Selina asiente y entra.

—¿A qué piso vas?

Selina mira a la anciana. —Perdón, ¿qué?

—¿A qué piso vas, querida?

—Eh ... al cuarto.

La señora presiona el botón y las puertas se cierran. Con una sensación de irrealidad absoluta, Selina siente que el ascensor empieza a moverse.

—Mi esposo tuvo una operación en el corazón —dice la señora—. Acaba de despertar, y el procedimiento salió bien.

—Me alegra escuchar eso —dice Selina, logrando una sonrisa educada.

—¿A quién vienes a visitar?

—A un amigo.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo un accidente.

—Lo siento —dice la anciana, con verdadero pesar en su voz—. Los jóvenes hoy en día simplemente no tienen suficiente cuidado cuando van al volante.

Afortunadamente, Selina no tiene que inventar una respuesta, porque el ascensor se detiene y las puertas se abren.

—Espero que tu amigo se mejore —sonríe la señora mientras Selina sale.

—Gracias —murmura de vuelta, justo antes de que las puertas se cierren de nuevo.

Entonces, se encuentra sola en un pasillo largo. «Habitación ocho», piensa y hace que sus piernas empiecen a moverse, aunque no estén exactamente dispuestas a hacerlo. Los números en las puertas pasan rápidamente y llega al número ocho demasiado rápido. Está cerrada. Ella mira la manilla. La puerta se siente como una barrera infranqueable. No tiene idea de lo que la espera al otro lado.

Selina cierra los ojos. Está nauseabunda. O tal vez tiene hambre.

Ella alcanza la manilla y abre la puerta.

DIESCISIETE

La habitación está caliente y oscura, ya que las ventanas están cerradas y las persianas bajadas.

En la cama yace Jonas. Está de espaldas, ojos cerrados, boca ligeramente abierta. Su rostro está rojo e hinchado, su frente mojada de sudor, y su respiración viene en pequeños jadeos húmedos. Una pierna sobresale de la manta. Una venda limpia envuelve la piel de Jonas en el lugar donde Allan lo arañó. La piel que rodea la venda está de un rojo ardiente.

Selina se queda allí por un momento, buscando el valor para acercarse, cuando una voz totalmente inesperada dice: —¿Hola?

Selina salta y se da la vuelta, mirando a la mujer sentada en una silla en la esquina con una revista. Es de la edad de Ulla, con los primeros signos de canas en su flequillo.

—Oh, yo ... lo siento mucho —murmura Selina, tragando en un esfuerzo por hacer bajar su corazón—. No te vi.

—Está bien —dice la mujer, levantándose y ofreciendo su mano a Selina—. No estoy segura de que nos hayamos conocido. Soy Pennie, la mamá de Jonas. ¿Eres Selina?

—Ehm, sí, lo soy —dice Selina con sorpresa, estrechando la mano de la mujer. —¿Cómo lo...?

Pennie asiente hacia la cama. —Jonas me dijo que estabas allí cuando ocurrió el accidente. ¿Eras a quien iba a ver, no?

—Eh, yo ... para ser honesta, no estoy segura.

—Creo que sí. Dijo algo sobre que olvidaste tu bolso en su coche.

—¡Oh, cierto!

Pennie sonríe. —Quería devolvértelo. De hecho creo que todavía está en su coche. Puedes recuperarlo mañana si pasas por allí.

Selina asiente y se frota el brazo. —Gracias. Oye, ¿está bien que esté aquí?

—¡Por supuesto, querida! El doctor no dijo nada sobre no tener visitas. Sólo me dijo que dejara a Jonas dormir para que se le pase la fiebre.

Selina mira a Jonas y da un paso más cerca. Puede sentir el calor que emana de él, es casi como vapor saliendo de su piel. Es sorprendentemente doloroso verlo así. Se ha estado diciendo ingenuamente todo el camino hasta aquí que, Jonas era solo un conocido, alguien a quien casualmente le dio un beso anoche y nada más. Pero escuchar a la mamá de Jonas decirle que había venido a devolverle su bolso una vez que se dio cuenta de que ella lo había olvidado, de alguna manera cambió la forma en que ahora lo ve. Puede que solo lo haya conocido durante un par de meses, desde aquella noche en que Krista los presentó, y aunque desde el principio tuvo la corazonada de que Jonas estaba interesado en ella, realmente no lo encontraba de su tipo, así que ha estado ignorando sus intentos de acercarse.

Hasta anoche.

—¿Eres su novia? —pregunta la mamá de Jonas, como si leyera la mente de Selina.

—Eh, no —murmura—. Solo somos amigos.

—Ajá —dice Pennie, con una pequeña sonrisa sabionda en la comisura de su boca.

Selina aclara su garganta y cambia rápidamente de tema. —¿Por qué tiene fiebre? Quiero decir, ¿qué la causó?

—El doctor dijo que probablemente sea solo por el shock. Pero también podría tener una leve infección, debido a las heridas en su pierna, así que están haciendo algunas pruebas para estar seguros, y le han puesto antibióticos.

—¿Dijeron algo sobre cuándo tendrán los resultados de las pruebas?

Pennie le aprieta el brazo. —No te preocupes por él, querida. Pronto estará de pie de nuevo. Mi Jonas es un chico fuerte. Siempre lo ha sido.

Selina lucha por sonreír. —Solo estoy... preocupada por él.

—No hay necesidad de estarlo. El doctor dijo que no tiene nada serio.

—¿Y las marcas de los arañazos?

—Han sido desinfectadas, y... —Pennie frunce el ceño mientras mira la pierna de su hijo—. Dios mío, se está poniendo muy rojo —Camina alrededor de la cama y pone su mano sobre la pierna de Jonas—. Dios mío, está ardiendo. Lo toqué hace apenas diez minutos y estaba bien.

Jonas emite un gruñido. Parece que su respiración se está volviendo cada vez más dificultosa. Selina siente su corazón latir más rápido mientras mira a Pennie, quien sólo observa el rostro de su hijo.

—¿Crees que deberíamos llamar a alguien? —pregunta finalmente Selina.

Pennie asiente sin quitar los ojos de su hijo. —¿Te quedarás aquí con él?

—Claro.

La mamá de Jonas sale de la habitación, dejando la puerta entreabierta.

Selina se acerca a la cama y levanta cuidadosamente la venda. Los arañazos están escarlata, supurantes e hinchados. La piel a su alrededor ha adquirido un tono verdoso enfermizo. Selina deja escapar un gemido de desesperación. Hasta ese momento, había mantenido una pequeña esperanza secreta de que tal vez Jonas no estuviera infectado después de todo. Esa esperanza muere en ese momento.

Jonas comienza a tener espasmos por todo el cuerpo. Parece que pequeños calambres recorren sus extremidades. Su cuello se dobla violentamente hacia atrás, casi levantándolo en un arco, sus dientes apretados se muestran en una mueca silenciosa y las venas se hinchan a ambos lados de su garganta como cuerdas gruesas. Aún así, no se despierta, y Selina se da cuenta de que está más allá de despertarse.

Ella retrocede, colocando ambas manos frente a su boca. «¡No, no, no! ¡No ahora! ¡No...!»

DIESCIOCHO

«¡Haz algo!»

Selina ha estado allí, mirando la cama, durante lo que se siente como una eternidad de unos pocos segundos, cuando el pensamiento se le ocurre. Los temblores de Jonas casi han pasado, y él ha vuelto a hundirse de espaldas.

—¿Jonas? —murmura ella—. ¿Puedes oírme?

Ninguna reacción en absoluto.

Intenta sacudirlo suavemente. Ni siquiera un parpadeo. Su respiración es mucho más superficial ahora. Parece alguien en coma.

Es cuestión de minutos...

Selina va hacia la puerta para cerrarla con llave, pero no encuentra ningún cerrojo. Mira alrededor de la habitación buscando algo con lo que bloquear la puerta, pero no encuentra nada lo suficientemente pesado.

Necesita sacarlo de aquí.

¿Pero cómo? No puede levantar a Jonas, y él no puede caminar solo. Entonces, lo ve. Aparcada en la esquina hay una silla de ruedas. Selina la agarra y la lleva al lado de la cama. Quita la manta de Jonas y comienza a maniobrar sus piernas fuera del lado de la cama. No es fácil, y requiere toda su fuerza, pero logra meterlo en la silla de ruedas.

De repente, oye voces en el pasillo.

—... ardiendo. Nunca he visto nada igual.

—Voy a echarle un vistazo.

Selina piensa rápido. Empuja la silla de ruedas con Jonas hacia el baño y cierra la puerta detrás de ella medio segundo antes de que Pennie y un doctor entren en la habitación.

—¿Qué demonios? —exclama la mamá de Jonas— ¿Dónde está?

Selina mira la puerta del baño, con el corazón latiendo con fuerza. ¿Qué estaba pensando? Está atrapada. En cualquier momento, uno de ellos abrirá la puerta y la encontrará. Entonces, de la nada, se le ocurre una idea. Antes de pensarlo, tira de la cadena del inodoro y va a abrir la puerta.

Pennie y un médico anciano están de pie junto a la cama, ambos girando al escucharla. Selina se asegura de cerrar la puerta rápidamente detrás de ella.

—¡Ahí estás! —dice Pennie, con los ojos muy abiertos— ¿Dónde está Jonas?

Selina mira la cama vacía, tratando de conjurar una expresión de sorpresa, pero sintiéndose absolutamente transparente. —No... sé. Solo estuve en el baño dos minutos.

—Probablemente se sintió mejor y salió a dar un paseo —sugiere el doctor.

—¡O se ha desorientado en un estado delirante! —exclama Pennie, girándose hacia Selina— ¿Por qué no lo vigilaste como prometiste?

Selina se encoge. —Lo siento... realmente necesitaba ir al baño.

—Quiero que lo encuentren ¡ahora mismo! —exige Pennie, mirando al doctor de nuevo— Definitivamente no está bien, y no puedo soportar pensar en lo que podría pasar si anda por ahí confundido...

Los dos salen de la habitación. Selina se queda atrás inadvertida. Espera un par de segundos, luego va al baño, saca a Jonas y revisa el pasillo para asegurarse de que esté despejado. Lo está.

Selina rueda a Jonas hasta el ascensor, trotando rápido y mirando en todas las direcciones. No puede creer que realmente esté haciendo esto. Es como si su cuerpo actuara por sí solo. Casi se siente mareada.

Un anciano sale de una habitación justo cuando Selina pasa, y casi suelta un grito. Pero el hombre es un paciente y parece muy frágil. Apenas levanta la vista mientras pasa junto a ella.

Selina sigue rodando, llega al ascensor y presiona el botón. Las puertas se abren de inmediato. Está vacío. Ella mete a Jonas adentro y mira la fila de botones. ¿A dónde lo llevará? ¿Cuál es el plan? Realmente no esperaba llegar tan lejos. Si lo saca del hospital, pronto atraerán la atención. ¿Y a dónde iría? No, no puede salir del edificio. Sólo necesita encontrar un lugar sin gente.

Presiona el botón más abajo. Las puertas se cierran y el ascensor los lleva hacia abajo a través del edificio.

Selina se limpia el sudor de los ojos y mira a Jonas. Su barbilla descansa sobre su pecho. Aún respira, pero muy débilmente.

El ascensor se detiene y las puertas se abren.

El pasillo del sótano está vacío en ambas direcciones. Contra la pared hay una fila de camas y sillas de ruedas sin usar. Selina empuja a Jonas sin rumbo por el pasillo. Pasa una puerta y se

detiene para revisarla. Es un armario de escobas. Prueba la siguiente. Está cerrada con llave. La tercera puerta es la de la suerte: es una pequeña habitación con muchas estanterías llenas de todo tipo de herramientas. Y la puerta tiene un cerrojo por dentro.

Selina empuja a Jonas adentro y verifica una última vez que no haya nadie alrededor para verla (no hay nadie) y luego cierra la puerta y la tranca. Mientras sus dedos giran la cerradura, tiene un momento de extraña claridad.

Se da cuenta sin lugar a dudas de que la próxima vez que sus dedos toquen esta cerradura, esos dedos habrán hecho algo absolutamente horrible, algo que probablemente nunca se perdonará.

E incluso si Selina vive hasta los cien años, los próximos minutos serán los peores minutos de su vida.

DIESCINUEVE

Pasa diez minutos preparándose. Sabe que son exactamente diez minutos, porque no deja de mirar su reloj. Como si eso de alguna manera la ayudara. Como si esperara que el tiempo saltara una hora adelante y todo esto estuviera en el pasado.

Por supuesto, no funciona así. Necesita seguir adelante. Necesita actuar.

La respiración de Jonas se ha vuelto cada vez menos audible, hasta el punto en que no está segura de si sigue ahí. No se ha movido en absoluto. Está obviamente muy lejos, tal vez en coma.

Aun así, decide sacar sus cordones y usarlos para atar sus muñecas a la silla de ruedas. Por si acaso.

Su mirada ha comenzado a escanear las estanterías a regañadientes. Están llenas de herramientas y equipo. Llenas de posibilidades. Como si el destino hubiera decidido ponerla exactamente en esta habitación.

Hay martillos, palancas, destornilladores, incluso una sierra, sin mencionar una amplia variedad de instrumentos eléctricos. Puede hacer esto como algo sacado de una película. Puede hacerlo tan dramático como quiera.

Pero Selina no quiere que sea dramático. Sólo quiere hacerlo de la manera más fácil e indolora posible. Se decide por un cortador de cajas en la estantería más baja.

Sus piernas tiemblan mientras va a tomarlo. Lo manipula un poco antes de lograr sacar la hoja. Es nueva y muy afilada. Mira las muñecas de Jonas. Incluso podría hacer que pareciera un suicidio. Si lo hace rápido y se asegura de estar lejos del hospital una vez que encuentren a Jonas, probablemente pensarán que él...

Selina estalla abruptamente en lágrimas. «¿Qué está pensando? Es Jonas». Va a matarlo. Y está preocupada por lo que le pasará a ella. ¿Cuán egoísta puede ser una persona?

—Lo siento mucho —susurra, sollozando, mientras se acerca cuidadosamente—. Lo siento, Jonas. Pero tengo que hacerlo.

Extiende su mano, la que no sostiene el cuchillo, y acaricia su mejilla. Ya no está cálida. De hecho, está bastante fría.

—Fue amable de tu parte traer el bolso. Ojalá no lo hubieras hecho.

Casi comienza a llorar de nuevo, y retira su mano. No sabe qué más decir. ¿Una oración? Eso no parece correcto. No es religiosa y duda que Jonas lo sea.

«Hazlo entonces».

Gira con cuidado la palma de Jonas para que quede hacia el techo, exponiendo las delgadas venas azules en su muñeca; no es fácil debido a los cordones, pero lo logra.

«Ya está muerto», se dice a sí misma y cierra los ojos. «Ya está muerto. Ya está muerto».

La frase se convierte en un canto monótono en su cabeza. Se concentra intensamente en ella, excluyendo todos los demás pensamientos. Necesita abrir los ojos para ver lo que está haciendo. Su mano tiembla tanto que apenas puede dirigir la punta del cuchillo, y tiene que sujetarlo con ambas manos para lograr que caiga en la suave piel de la muñeca de Jonas. La hoja empuja la piel unos pocos milímetros hacia abajo.

Bien, solo un pequeño empuje y luego deslizar hacia abajo.

Selina mira el cuchillo, pero no se mueve. Sus brazos están temblando violentamente. Su cuerpo está luchando. No obedece.

«Vamos. Ya está muerto. ¡Ya está muerto!»

Pero el mantra ya no funciona. La idea de la sangre de Jonas a punto de salir a borbotones de su muñeca es demasiado. No puede hacerlo. No puede matarlo. No así. No con su rostro dormido justo enfrente de ella.

Retira el cuchillo, lo deja caer al suelo y suelta un pequeño grito de desesperación. Se agarra el cabello y mira hacia el techo. Siente ganas de vomitar. La temperatura en la pequeña habitación oscila entre helada y sofocante. Todo gira alrededor. Selina se da cuenta de que está a punto de desmayarse. En unos segundos... entonces un ruido corta el aire.

Selina mira a Jonas. Sigue sentado en la misma postura. Pero su cuello hace pequeños espasmos. Su respiración es audible de nuevo, aunque muy tenue y ronca.

«¡Está sucediendo!»

Selina es presa del pánico. Se dirige a los estantes, los revisa frenéticamente, buscando algo, cualquier cosa que pueda usar, sólo algo que no lo haga sangriento. Empuja cosas al suelo, todo

es para cortar, apuñalar o golpear, y no puede hacer ninguna de esas cosas a Jonas, simplemente no puede, pero ella...

Entonces lo ve. La solución. Ha estado frente a ella todo el tiempo. Simplemente lo descartó. Es una bolsa de plástico llena de tuercas y tornillos.

Ella la agarra y la vacía en el suelo. Luego va hacia Jonas, se coloca detrás de él y, antes de que tenga tiempo para pensar, decididamente le coloca la bolsa sobre la cabeza y la aprieta firmemente.

La respiración de Jonas se vuelve aún más tensa rápidamente. La bolsa se expande y contrae en pequeños impulsos rápidos, el interior pronto se empaña y el plástico comienza a pegarse a su cabello. Fuertes temblores recorren su cuerpo.

—¡Lo siento! —le dice Selina y comienza a sollozar ruidosamente— Lo siento, Jonas, ¡lo siento!

Ella agarra la bolsa tan firmemente como puede, cerrándola alrededor de su cuello con todas sus fuerzas. Lloro, se disculpa y estrangula. No sabe por cuánto tiempo. Quizás un minuto. Quizás tres. Pero de repente, finalmente, Jonas ya no está convulsionando, y ya no está respirando.

Selina solloza y sigue aferrando la bolsa firmemente. Necesita estar absolutamente segura, así que cuenta hasta cien. Cuando está segura de que está hecho, de que Jonas realmente está muerto, suelta la bolsa y retrocede hasta que golpea la pared. Sus piernas ceden y se desploma al suelo. Comienza a llorar de nuevo, pero esta vez también llora de alivio.

Se acabó. Lo hiciste. Salvaste al mundo.

El pensamiento ofrece poco consuelo.

VEINTE

Dennis se da cuenta de que se ha quedado dormido y se sienta bruscamente, golpeándose la cabeza contra un techo.

—¡Ay!

Mira a su alrededor pero no ve nada más que oscuridad. Durante un par de minutos, no tiene idea de dónde está.

Entonces recuerda. El baúl. En el sótano. La casa de Esther.

El miedo regresa inmediatamente. ¡La policía estaba justo afuera! Dennis los escuchaba durante lo que le parecía horas. Luego, en algún momento, deben haberse ido, porque Dennis recuerda escuchar el silencio y empezar a sentir sueño.

Escucha atentamente, pero no puede oír nada.

«¿Qué hora es?» No tiene ni idea, no hay forma de averiguarlo. Podría ser de noche.

Dennis decide abrir la tapa y comprobarlo.

La levanta con mucho cuidado, solo un poco, y mira afuera. El sótano parece como lo recuerda. La luz del día que entra por las ventanas se ha vuelto anaranjada. Debe ser tarde. Dennis siente el hambre retorcerse en su estómago; no ha comido nada en todo el día. Mamá debe estar muy preocupada por él en este momento.

Abre completamente la tapa y sale. Luego ve el puñal y lo recoge. No puede ponerlo en su bolsillo, es demasiado grande y también muy afilado, correría el riesgo de cortarse.

Un ruido lo hace girar. Mira el agujero en la pared. Justo al otro lado, de espaldas a Dennis, hay un hombre con un traje blanco. Está inclinado sobre la mesa, ocupado en algo.

Dennis contiene la respiración mientras comienza a retroceder. Tiene que apartar la mirada del hombre para asegurarse de no chocar contra nada.

Llega a las escaleras y comienza a subirlas paso a paso, rezando para que ninguna haga ruido.

El tipo de la otra habitación murmura algo, y Dennis se detiene en seco. Pero al parecer, el hombre solo estaba hablando consigo mismo, porque no sucede nada más.

Dennis llega a la ventana por la que entró. Todavía está abierta. Dennis la empuja más hacia afuera y mira. No hay señales de los coches de policía. Solo hay una furgoneta blanca estacionada allí ahora.

Dennis sale por la ventana, teniendo mucho cuidado de no hacer ningún ruido. El césped está mojado por el rocío y el aire es agradablemente fresco. Dennis se levanta y mira a su alrededor, asegurándose de que no haya nadie.

Luego se desliza hacia la esquina de la casa y mira hacia el patio. También está vacío.

«Bien. Sólo necesitas pasar por el patio. Luego te vas de aquí».

Caminar por el patio sería muy estúpido, sería claramente visible desde todas las ventanas del frente de la casa. Y no tiene idea de si hay alguien más adentro.

Entonces, Dennis corre hacia el cobertizo del coche y se abre paso detrás de él, saliendo al extremo opuesto del patio. Desde aquí, una vez que salga por la entrada, será visible por un breve segundo desde la casa, pero estará a una distancia considerable y además... no hay otra forma.

Dennis mira alrededor de la esquina, mirando hacia arriba en la casa. La puerta principal está abierta, pero no hay nadie allí.

Toma una respiración profunda, luego sale y comienza a correr.

Sólo ha dado tres pasos cuando alguien grita desde atrás: —¡Eh, tú! ¡Detente!

Dennis está tan sorprendido que en realidad se detiene y mira hacia atrás. Un hombre con traje blanco, Dennis no puede decir si es el mismo tipo del sótano— está parado a un lado, sosteniendo una taza de café y un cigarrillo. No era visible desde el punto de vista de Dennis hasta ahora, porque estaba parado detrás del tendedero de Esther, donde cuelga una sábana blanca.

El hombre comienza a caminar hacia Dennis. —¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —Dennis gira y sale corriendo por la entrada.

—¡No, detente! ¡Vuelve aquí! ¡Esto es una escena del crimen!

Dennis corre tan rápido como nunca en su vida. Sus piernas suben y bajan, sus brazos flotan a los lados, sus pulmones jadean por aire, y su visión se vuelve borrosa con el esfuerzo.

Llega al lugar donde dejó la bicicleta y salta a la zanja, casi aterrizando sobre la bicicleta, subiéndola a la entrada y lanzándose sobre ella.

Luego pedalea como un loco. Sigue mirando hacia atrás, esperando ver al tipo correr tras él.

No lo hace.

Dennis sigue mirando sin embargo, incluso después de llegar a la carretera. Monta su bicicleta a casa lo más rápido posible, el puñal aún agarrado en su mano.

Diez minutos más tarde, cuando llega a la casa, apenas puede sentir sus piernas. La puerta principal se abre, y mamá sale corriendo.

Dennis detiene la bicicleta y se baja. Sus rodillas se doblan, y si mamá no lo hubiera atrapado, se habría desplomado. Ella le quita el puñal, luego lo abraza.

Mamá nunca lo abraza, y Dennis respira el aroma de ella mientras ella susurra en su cabello: — ¡Gracias a Dios!

Dennis quiere contarle todo. Sobre la policía y dónde encontró el puñal y cómo tuvo que esconderse todo el día en el viejo baúl polvoriento y el hombre con traje blanco que lo vio.

Pero Dennis no puede decir nada. En cambio, simplemente comienza a llorar. Y por primera vez, mamá no lo regaña por ello. Simplemente lo abraza como no lo ha hecho desde que Dennis era muy pequeño.

VEINTIUNO

Algo vibra en algún lugar cercano.

Selina solloza y toma algunas respiraciones profundas. Probablemente sea su papá. Pero no puede hablar con él en este momento. No puede hablar con nadie. Sin embargo, saca su teléfono.

Es Dan.

Selina responde y dice con voz ronca: —Lo hice.

Un aliento contenido al otro lado. Luego dice Dan: —¿Cómo?

—Lo estrangulé con una bolsa de plástico —Selina realmente no puede entender las palabras que salen de su boca. Debe ser alguien más hablando. Otra Selina en otra realidad. Una realidad donde esa Selina acaba de matar a otro Jonas.

—¿Estás segura de que está muerto? —pregunta Dan con cautela.

—Estoy segura.

—¿Entonces él no se convirtió antes de que lo hicieras? Quiero decir, ¿todavía estaba vivo?

—Sí.

—De acuerdo —Dan exhala largamente, aliviado—. Buen trabajo.

«Buen trabajo», suena como un eco en la mente de Selina. Como si hubiera pasado una prueba en la escuela.

—¿Te ... hiciste algún rasguño? Quiero decir, imagino que debe haber luchado. Creo que podría haberte infectado aunque no estuviera muerto todavía.

—No me hice ningún rasguño.

—¿Había alguien más cerca de él? ¿Crees que alguien pudo haberlo tocado?

—No hay otros.

—Solo necesitamos asegurarnos de que...

—Escúchame, Dan. Jonas no infectó a nadie más. Ya estaba medio en coma cuando llegué al hospital —Ella mira a Jonas mientras habla. Su cabeza, que todavía está en la bolsa, se ha inclinado hacia un lado. Afortunadamente, no puede ver su rostro desde este ángulo.

Dan se queda callado por un tiempo. —De acuerdo —murmura—. Supongo que entonces ya terminó todo.

—Así es.

Selina está a punto de desconectar, cuando Dan continúa: —Acabo de tener esta sensación... no sé, me sigue molestando. Siento que pasamos algo por alto.

Selina suspira. —¿Cómo qué?

—No lo sé. Tal vez solo soy paranoico, pero... he estado aquí antes, ¿sabes? Donde pensamos que todo había terminado. Y luego recordé a mi hermana... —Dan se interrumpe.

—Creo que sólo estás paranoico.

—Tal vez tengas razón. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

—¿Cómo crees que me siento?

—Terrible.

—Exactamente.

—Estoy seguro de que la policía entenderá. No creo que vayas a la cárcel ni nada.

—Dan, no quiero hablar de eso.

—Claro, entiendo.

Hay un silencio entre las dos partes.

—Adiós —dice Selina.

—Adiós —dice Dan.

Selina guarda el teléfono en su bolsillo lentamente. Se levanta poco a poco. Se asegura de no mirar a Jonas mientras pasa junto a él. Pero cuando se detiene junto a la puerta, no puede evitar mirar hacia atrás una última vez.

Ahora puede ver su rostro. Sus ojos están cerrados. La bolsa está llena de humedad, y las gotas se aferran a su rostro como lágrimas. Su boca está abierta.

Selina aprieta los labios juntos. No puede dejarlo así, simplemente no puede. Atado y como un animal. Ella regresa y está a punto de desatar los cordones, pero luego vacila.

No. Siempre sucede así en las películas. Ese último, estúpido error.

No cree que Jonas vuelva a despertar. Está segura de que realmente está muerto. Pero aún así no puede ir a desatarlo. Su instinto le dice que no lo haga.

Al menos la bolsa, entonces. Sólo para que no lo encuentren así.

Selina agarra cuidadosamente una esquina de la bolsa con dos dedos y la levanta. Se pega un poco a su cabeza, así que por un breve segundo su rostro está oculto a la vista. Cuando la bolsa se desprende y puede ver nuevamente sus ojos, están abiertos.

Selina se congela en medio del movimiento. Está demasiado impactada para reaccionar; simplemente mira estúpidamente los iris de Jonas, que ya no son azules, sino blancos lechosos, mientras su agotado cerebro lucha por entender lo que ve.

No tiene tiempo de retroceder cuando Jonas abre la boca con un gruñido enorme, se abalanza hacia adelante y muerde sus dedos.

Al principio, el grito de Selina es pura sorpresa. Pero cuando Jonas muerde aún más fuerte, y ella escucha los huesos de sus dedos astillarse, el grito cambia a uno de dolor.

VEINTIDÓS

Dan deja su teléfono y se recuesta en su cama.

Se acabó. Finalmente ha terminado. Esta vez, es real.

Suspira profundamente. Apenas son las nueve en punto, y ahora oficialmente ha estado despierto durante treinta y siete horas. Eso es toda una semana laboral. Y se siente así también. Sus ojos arden y sus músculos duelen por el agotamiento.

Ha pasado por más en estos dos días pasados, que la mayoría de los soldados en todo un recorrido por Iraq. Al menos eso es lo que le dijo el psicólogo.

Pero ahora se acabó.

Pero entonces, ¿por qué no puede creer eso?

Algo lo molesta. Una pequeña cosa que pasó por alto. Ha repasado los eventos una y otra vez en su mente. Reprodujo la película una y otra vez. Simplemente no puede ver qué detalle se le escapa.

Quizás no hay nada allí. Quizás su cerebro todavía está en sobremarcha. Probablemente sería mejor que durmiera. De todos modos, ya no hay nada más que pueda hacer ahora.

Se da la vuelta y cierra los ojos.

Desde la sala de estar puede escuchar la televisión. El sonido no puede ahogar del todo el llanto de su madre, o el intento de consolarla por parte de su padre. Papá ha estado aquí y checa a Dan cada quince minutos aproximadamente desde que llegaron a casa. Como si quisiera asegurarse de que Dan no desaparezca de repente. Después de todo es el único hijo que le queda.

Dan siente un nudo en la garganta al pensar en Jennie. Fue lo más difícil de contarles a sus padres. Ver cómo sus rostros se desmoronaban al recibir la noticia sólo empeoró todo, de alguna manera. La posibilidad de que todo esto sea un sueño desapareció cuando Dan vio a sus padres estallar en lágrimas. Las pesadillas no afectan a otras personas.

Todavía no puede asimilarlo. No puede imaginar un mundo sin Jennie. ¿Cómo podría? Nunca ha visto un mundo sin ella. Ella ha estado aquí desde antes de que Dan naciera. Y ahora está acostada en una mesa en algún lugar.

Alejar esa imagen de su mente. No le ayuda a conciliar el sueño.

Se pregunta qué dirán los médicos una vez que examinen todos los cadáveres. ¿Qué encontrarán? Si los zombis estaban animados por alguna magia vudú, ¿habrá incluso un virus en los cuerpos? Por otro lado, si no hay virus, ¿cómo pudieron contaminar a otros?

Las respuestas seguramente llegarán en los próximos días. Una vez que todo vuelva a la normalidad. Personas inteligentes saldrán en televisión y lo explicarán todo. Cómo pudo haber sucedido, qué pasó y cómo se detuvo todo en el último segundo.

¿La gente sabrá alguna vez lo cerca que estuvo el mundo de acabarse? ¿Reconocerán a Dan como una de las personas responsables de detenerlo? ¿Algunas personas incluso llegarán a verlo como un héroe?

Definitivamente él no se siente como uno. Un héroe probablemente habría salvado al mundo y a su hermana.

Sus ojos se llenan de lágrimas una vez más, pero Dan está demasiado cansado para llorar; simplemente no tiene la fuerza, y finalmente, sus pensamientos comienzan a alejarse mientras el sueño llega como una oscuridad liberadora, arrastrándolo más y más hacia abajo.

Dan duerme, mientras la tarde se oscurece afuera de su ventana. No se da cuenta de cómo la puerta de su habitación se abre unas cuantas veces, mientras el rostro de su padre, con los ojos rojos e hinchados, se asoma y luego desaparece de nuevo.

Dan no sueña. Su sueño es demasiado profundo para eso.

Pero una imagen aún se abre paso en su conciencia. Ahora, mientras su cerebro finalmente se relaja, los recuerdos afloran, y esa cosa que lo molestaba gradualmente flota hacia la superficie y se materializa.

Es un gato. Un gato negro.

Whiskers, murmura Dan, sin despertar, pero girando la cabeza bruscamente de un lado a otro. —Fue el gato...

Una parte del subconsciente de Dan reconoce el mensaje e intenta despertarlo, pero su cuerpo está simplemente demasiado exhausto para obedecer. En cambio, se desliza aún más hacia abajo, sus músculos se relajan, y su sueño vuelve a ser tranquilo.

VEINTITRÉS

Paul se despierta de golpe. Parpadea y mira a su alrededor en la oscuridad. Le toma unos segundos recordar dónde está y qué lo despertó. ¿Alguien llamó su nombre? ¿O fue solo un sueño?

—Paul ...

La voz es de Irene. Ella está acostada junto a él, su manta a medio camino en el suelo, su piel está brillando por el sudor. Frunce el ceño y gira la cabeza. —Paul, ten cuidado...

—Irene —murmura— Estás soñando, cariño.

Su esposa no se despierta, pero sigue murmurando incoherentemente en su sueño. Él se inclina y la sacude suavemente. Aún así, no despierta. Su piel está ardiendo. ¿Podría ser fiebre?

Paul se sienta con un suspiro. Hace un calor sofocante en el dormitorio, aunque la ventana está abierta de par en par. El verano seguramente será despiadado este año. Pero esta noche se siente aún más caliente que las muchas anteriores. A Paul se le ocurre la tontería de que es Irene quien irradia calor y eleva aún más la temperatura en la habitación. Ridículo, por supuesto.

—Por favor, ten cuidado, Paul —murmura ella.

Él se sienta y mira hacia la mesita de noche de ella. Las pastillas están justo al lado de un vaso de agua, pero recuerda que las tomó antes de acostarse, así que no puede ser la quimioterapia lo que la está molestando. Han tenido muchas noches sin dormir desde que comenzó el segundo ciclo de tratamiento, pero la fiebre nunca ha sido una de las cosas que la atormentan. Él se inclina y toma el vaso.

—Irene, bebe un poco de agua, te sentirás mejor.

Intenta llevar el vaso a sus labios, pero ella mueve la cabeza hacia un lado, golpeando el vaso con su barbilla y haciéndole derramar la mayor parte del agua sobre su cuello y pecho.

—Ah, maldición —gime.

Para su asombro, sin embargo, el agua que salpica no despierta a su esposa.

Él nota su mano, descansando inquieta sobre su estómago. Está hinchada como un guante de goma lleno de aire, los dedos gruesos como salchichas, y piensa: «¿no parece extraña la piel?» Es difícil de distinguir en la oscuridad, y Paul no está usando sus gafas, pero está bastante seguro de que la mano de Irene está verdosa.

Sus ojos caen en la curita a unos centímetros por encima de su muñeca.

—¿Qué dijo que pasó? Creo que Whiskers la arañó.

Ese gato estúpido. Paul nunca confió en él. Si hubiera dependido de él, ese gato habría sido sacrificado hace mucho tiempo. Incluso habría estado feliz de hacerlo él mismo, usando su antiguo rifle de caza. Pero a Irene le encantaba esa pequeña bestia arrogante, así que...

Recuerda que se quejaba de que las marcas de arañazos le picaban antes de acostarse. Ella lo limpió minuciosamente con agua oxigenada, como solía hacer cuando los niños eran pequeños y se caían, y se raspaban las rodillas. Entonces, las marcas de arañazos no podrían haberse infectado, ¿verdad? Tal vez alguna bacteria resistente se metió cuando Whiskers la arañó. Dios sabe en qué habría tenido sus garras ese animal desagradable. Probablemente un pájaro muerto.

La curita parece estar abultada un poco. Paul agarra su brazo tembloroso y retira la curita cuidadosamente. Deja escapar un suspiro al ver que lo que antes era un simple rasguño, ahora es un hervor palpitante y supurante.

—Maldición —gruñe, saltando de la cama—. ¡Despierta, Irene! ¡Tenemos que llevarte al hospital!

—No, Paul —susurra ella, y por un momento él piensa que está despierta, pero cuando la mira a la cara, sus ojos siguen cerrados. Su actitud es más tranquila ahora, como si estuviera cayendo en un sueño más profundo—. Ten cuidado, Paul —es lo último que dice, antes de quedarse en silencio.

Él se queda allí, mirándola por un momento. No está seguro de por qué, pero lo embarga una sensación de pesar. El pensamiento de todo por lo que ha pasado en este último año. Primero fue el cáncer, y ahora esta experiencia traumática con el policía que se cortó la pierna justo afuera de su cobertizo. El pensamiento de que Irene tuvo que ver eso... La policía tardó casi toda la noche en limpiar todo, después de haber tomado fotos y hecho pruebas. Paul no está seguro de poder volver a entrar al cobertizo sin pensar en eso.

Y ahora esto... alguna infección en su mano que probablemente la atrapó porque su sistema inmunológico ya está debilitado por el tratamiento contra el cáncer.

Paul se gira y avanza hacia la sala de estar, buscando su teléfono. Pero no puede encontrarlo por ninguna parte. Luego recuerda que lo llevó al dormitorio.

Normalmente nunca hace eso, pero quería asegurarse de escucharlo en caso de que la policía los llamara.

Él camina de regreso por la casa, pensativo. El pensamiento de ir al hospital en medio de la noche no lo emociona exactamente, pero no quiere correr ningún riesgo con la salud de Irene, así que tienen que...

Se detiene bruscamente cuando casi choca con Irene, quien está parada en la puerta abierta del dormitorio, sus ojos cerrados, su cuerpo balanceándose indeciso.

—¿Irene? —pregunta— Creo que estás sonámbula, querida. Vuelve a la cama, ¿de acuerdo? Necesitas sentarte.

La toma por los hombros. Al sentir sus pieles en contacto, se sorprende al sentir lo fría que está. El calor ha abandonado por completo su cuerpo en cuestión de minutos.

Entonces, justo cuando está a punto de girarla, Irene abre los ojos de par en par, y Paul puede darse cuenta de inmediato de que, no queda nada en esos ojos de la mujer a quien ha conocido y amado durante la mayor parte de su vida. Apenas tiene tiempo para tener un último pensamiento de asombro: Está muerta.

Entonces Irene se abalanza sobre él.

¿Quieres seguir leyendo?

Vaya al Libro 3 en **nick-clausen.com/dia3**